

La Princesa de Éire

Lizeth P.V.



Capítulo 1

Prefacio

Hace mucho tiempo atrás, en el siglo XI, existió al sur de Éire un pequeño poblado, recordado por su bello paisaje, repleto de prósperos bosques y lagos de aguas cristalinas. Las flores adornaban con los tonos más vibrantes cada esquina, volviendo el pueblo un lugar de belleza sin igual. El paisaje era tan mágico que se podía imaginar a las hadas jugar por los bosques apenas se ocultaba el sol, o por lo menos es lo que mi madre me contaba antes de arrojarme.

Crecí corriendo libre y feliz por las praderas, para poder llegar a casa después de ayudar a mi padre a vender en el mercado. Vivíamos en un molino, que mi yo de 6 años lo veía enorme y majestuoso. Mi infancia fue muy feliz, al lado de mi mis padres y mi hermano recién nacido.

Puedo recordar muy poco de la noche de la tragedia. Yo dormía tranquila, cuando unos gritos y el calor del fuego me despertaron. Mi hermano lloraba mientras yo me sentaba tallando mis ojos. Mi madre solo me cargó sacándome de ahí con rapidez, pero un hombre alto la jaló del vestido, impidiéndole escapar, haciéndome caer de sus brazos, rodando por el suelo. Mamá me gritó que corriera y así hice antes de que pudieran atraparme.

Me adentré en el bosque lo más rápido que pude, sin voltear atrás, hasta que choqué con un soldado que me habló con amabilidad, averiguando que sucedía. No recuerdo lo que le dije, pero le señalé con los ojos llorosos el camino a mi casa. Estaba asustada y confundida cuando llamó a sus hombres a seguirlo para investigar. Un señor de barba blanca y una gran corona me limpió las lágrimas con su pañuelo, tranquilizándome y prometiéndome que todo estaría bien, mientras me subía a su caballo llevándome hasta su hogar. Desde entonces el rey Cormac se hizo cargo de mí, adoptándome como a su hija.

Todos me hicieron sentir bienvenida, incluido el hijo legítimo del rey, el príncipe Mael. En el pueblo era bien sabido que la reina falleció al dar a luz y que el rey había decidido no volver a casarse, así que solo eran ellos dos y yo. Mael tenía 10 años cuando lo conocí y desde entonces nos adaptamos muy bien el uno al otro. Se convirtió en mi amigo, mi compañero de aventuras y mi confidente. No existía cosa en el mundo que no supiera de mi ni yo de él. Crecimos juntos y nos veíamos como verdaderos hermanos, o eso es lo que yo creí.

El príncipe cumplió 20 y era hora de que buscara una esposa, tras la presión y preocupación de su padre, visualizando que en el futuro si su hijo no tenía descendientes y sufría algún accidente, se perdería el linaje de los MacCarthy. Así que en la fiesta del vigésimo aniversario de Mael, cuando se arrodilló frente a mí a la vista de todos los invitados, sacando el deslumbrante anillo que perteneció a su madre... mi vista cambió con rapidez de la hermosa joya en sus manos, a su rostro, en repetidas ocasiones, hasta que me desmayé.

Capítulo 2

Capítulo 1: Sí, acepto

Me encontraba sentada frente al grande y elegante comedor. Las familias nobles de la región nos acompañaban, platicando amablemente, celebrando mi compromiso con el príncipe Mael. Esa cena era la más importante en años y yo me sentía incapaz de probar bocado. Un nudo llevaba semanas implantado en mi estómago, reacio a moverse de ahí.

Mael me tomó de la mano por debajo de la mesa, procurando que nadie nos viera, ya que era mal visto un contacto así en público. Me dio un pequeño apretón, llamando mi atención y cuando volteé a sus ojos celestes, acompañados de una resplandeciente sonrisa, no pude evitar sonreír también. Ese gesto significaba que no quería que olvidara que estaba ahí para mí y la verdad eso era algo imposible de hacer. Cuando su mano liberó la mía y volteó a platicar con el invitado que tenía al lado, bajé mi rostro viendo a la sopa, ocultando mis ojos llorosos sin evitar sentirme culpable.

Verlo feliz siempre me hizo feliz, pero desde el compromiso, muchas cosas cambiaron entre nosotros. Por más que quise aparentar, no estaba bien, mucho menos feliz. Desde el momento que le di el sí, me sentí atrapada. Fue una sensación indescriptible.

Mael era el hombre más educado, bondadoso, leal, justo, honesto, tierno y protector que conocí. Era imposible no amarlo y claro que lo hacía, pero como a mi hermano. Debería de estar feliz, estando comprometida con mi mejor amigo, al cual conocía desde la infancia, pero algo me lo impedía. Nunca imaginé que el príncipe me viera como a su futura esposa, cuando en los reinos vecinos había hermosas princesas en edad casadera, con las que podía unificar reinos o crear poderosas alianzas. Los matrimonios no dejaban de ser solo eso, alianzas que servían a los nobles para mantener y crear las pases entre las naciones vecinas, logrando un beneficio mutuo y trayendo estabilidad al pueblo. En la mayoría de los casos, los jóvenes no se conocían y si eran afortunados, había logrado intercambiar un par de palabras antes del anuncio de su unión. Un matrimonio forzado era el precio a pagar de los monarcas por el poder y la vida privilegiada que les tocaba vivir. Las uniones reales se convirtieron en la mejor estrategia de traer paz a Éire o eso es lo que nos inculcaron a Mael y a mi durante nuestra formación como parte de la realeza. Por orden del rey, a mi nombre le antecede el título de Princesa desde el momento en que puse un pie en su palacio, demostrando así que formaba parte de la dinastía y

aún más importante, de su familia.

Elevé mi vista, buscando con la mirada al mi padre, el rey. Sentado a la cabecera bebía alegre, riendo con uno de sus invitados. Todos parecían genuinamente felices y eso me hacía sentir aún más miserable, al no poder compartir su felicidad, sentándome solo ahí, mientras los veía platicar y reír entre ellos, celebrando mi compromiso.

Todos los días me cuestionaba el por qué le dije que sí, pero cada que la pregunta cruzaba mi mente, también lo hacia el rostro de mi padre adoptivo. No podía negarle nada y menos después de ver su cara iluminada con ilusión cuando acepté a su hijo. No tenía el corazón de arruinar su felicidad. Ese hombre me dio el mundo entero y no podía ser una malagradecida. Literalmente le debía mi vida. Si no me hubiera adoptado, hubiera vagado por las calles con el título de huérfana, en lugar de caminar por el castillo con una tiara en la cabeza. Mis tíos murieron mucho antes que mis padres, al igual que el resto de mi familia. De no ser por el rey y Mael, estuviera sola en el mundo. Mis ojos se llenaron de lágrimas, que limpié rápidamente con la manga de mi vestido amarillo.

—Helen ¿Estas bien? —preguntó Mael preocupado, al verme con los ojos rojos y llorosos.

—Sí, solo estoy conmocionada —mentí, levanté mi mano para limpiar la lagrima que amenazaba con escapar en mi otro ojo, pero el pañuelo del príncipe se me adelantó. En un gesto amable lo paso por debajo de mis ojos, limpiando cada rastro de lágrimas sin importarle que mas de una docena de invitados voltearon a vernos.

Enrojecí avergonzada, tomando el pañuelo, asintiendo a mi prometido y poniéndome de pie cuando el rey hizo lo mismo, convocando a sus invitados al salón, invitándolos a bailar para permitirnos un momento a solas. Lo busqué, agradeciéndole con la mirada y él solo me sonrió paternalmente antes de abandonar el comedor, dándonos un poco de privacidad, algo nada común en unos futuros novios.

Bajo la supervisión de los sirvientes pudimos hablar, confiando en que lo que dijéramos se quedaría en esa habitación, contando con un personal leal y reservado.

—Dime la verdad. Sabes que puedes contarme lo que sea y últimamente no haces más que llorar —dijo preocupado, tomándola de las manos—, lo sé por tus ojos de sapo en las mañanas —rio con eso último, haciéndome reír también.

—No tengo ojos de sapo —me defendí, mostrándome más alegre.

—Eso quería ver, una sonrisa genuina. Ahora dime que sucede.

—Me tomaste por sorpresa, eso es todo —al ladear ligeramente la cabeza, entendí que no entendió lo que quería decir—. Me refiero a esto de la boda. Digo, sabes que te amo —sus ojos se iluminaron con ilusión y no tuve corazón para apagarlos con la verdad—, pero no me imaginaba que me pidieras matrimonio así.

—¿Hubieras preferido que fuera en privado? —preguntó apenado.

Prefería que no lo hubieras hecho nunca.

Asentí en respuesta, mostrándole una sonrisa llena de falsedad.

—Es solo que... siento que me falta tanto por conocer —le abrí mi corazón, confesándole algo que nunca me atreví a decir en voz alta.

Los jardines del palacio eran hermosos y extensos, cercados por una muralla de más de dos metros de alto, que no permitía a nadie entrar, ni salir. Desde que llegué allí el rey nunca me permitió poner un solo pie fuera y nunca me atreví a cuestionarlo. Sabía el dolor que le causó la pérdida de su primer hijo y su esposa, así que entendí que no quisiera perder a nadie más. Mael iba y venía todo el tiempo, viajando incluso en barco y eso me hacía quedarme mucho tiempo sola, obligándome a hacer amigos dentro del castillo, llevándome principalmente con Briana, la hija de la cocinera, quien se convirtió en mi mejor amiga, hasta que crecimos y la diferencia de las clases sociales intervino, poniéndole pausa a nuestra hermandad.

—Yo no soy como mi padre. No pienso mantenerte prisionera aquí por más tiempo. Cuando seas mi esposa podrás salir al pueblo cuantas veces quieras y te llevare a conocer el mundo —prometió con el brillo centellando en sus ojos.

Sus palabras me emocionaron tanto que sin poder evitarlo me lancé a él en un fuerte abrazo. Cuando caí en la cuenta de que nos veían, me separé de él lentamente, pero al hacerlo nuestros rostros pasaron tan cerca uno del otro, rosando nuestras mejillas. Entrelazó sus manos con las mías, como solíamos hacer a menudo en nuestra infancia y sin aviso, sus labios rosaron los míos, en un efímero beso, del cual me separé de inmediato, soltándome de su agarre.

Lo miré con sorpresa y él a mí, con sus mejillas enrojecidas. Bajó el rostro, tocándose los labios con sus dedos, mostrando una radiante sonrisa.

Esa escena me torturó, haciéndome sentir una puñalada al corazón al verlo tan feliz, tan... enamorado de mí, cuando yo no era capaz de

corresponderle. Bajé la vista, pasando a su lado cuando me dirigí a la puerta, camino a la fiesta, dejándolo atrás.

Con el corazón roto ingresé al baile, en el que fui interceptada por mi padre, que extendió una mano en mi dirección, pidiéndome que bailara con él. Le dediqué una media sonrisa y lo acompañé, prestando por fin atención a la música, antes de comenzar a bailar y cuando nuestras miradas se cruzaron los recuerdos me invadieron.

Cuando tenía 14 años me senté en el comedor como cada mañana, pero ese día fue el primero en que vi a mi amiga servirnos la comida y eso me hizo preguntarme sobre mi verdadero lugar ahí. Se instaló en mi mente la certeza de que no nací siendo princesa y fui consciente de que entonces no pertenecía verdaderamente a la monarquía. Solo era una pueblerina con suerte que se aprovechó de la bondad del máximo gobernante y esa idea me llenó de culpa. Al reflexionar sobre el tema, esa misma noche me hincé frente al rey ofreciéndole quedarme en el castillo como parte de la servidumbre a lo que me contestó con una risa estridente, ayudando a ponerme de pie, acomodándome la tiara y recordándome que era su hija, advirtiéndome que nunca pensara lo contrario ya que ese tema no estaba abierto a debate.

Mael también siempre me trató como su igual, correteando conmigo por los jardines en cuanto nuestra nana nos dejaba descansar de las largas jornadas de estudio. No pude notar desde cuando el cariño de hermanos evolucionó en su corazón hasta convertirse en amor. Les estaba tan agradecida, que el día de la propuesta cuando recobre la consciencia y tras ver sus caras de preocupación, no pude evitar contestar Sí, acepto, dejando que el príncipe colocara el anillo en mi dedo anular. Estaba en deuda y si esa era la forma de pagar toda su bondad, haciéndolos felices, eso haría, incluso a costa de la mía.

Conecté mi mirada a mi padre, dejando los recuerdos atrás.

—Helen estoy seguro de que serás una buena esposa y excelente madre.
—Quiso reconfortarme, seguramente creyendo que estaba nerviosa por lo pensativa que me veía y no me quedó más remedio que sonreír, agradeciendo sus buenas intenciones—. Espero que me den nietos pronto. Extraño ver a ese par de niños corretear por los jardines, creyendo que podían esconderse de mi —sonrió al tiempo que yo me quedaba paralizada, riéndose de mi reacción.

—Nietos —recalqué con una sonrisa nerviosa, retomando el paso de baile.

—Los años pasan más rápido de lo que cualquiera quisiera y si esperan mucho tiempo para hacer las cosas, llegara entonces un momento en el que deseen regresar atrás, solo para hacer aquello que no se atrevieron cuando tenían la oportunidad —sus palabras sabias fueron bien recibidas,

asintiéndole en respuesta—. Estoy envejeciendo y nada me haría más feliz que ver a mi hijo caminando al lado de una buena mujer. Helen, no podría imaginar a nadie mejor que tú para acompañarlo y guiarlo. —Una vez más mi corazón se comprimió y sentí el peso caer sobre mis hombros.

—Me alagan sus palabras Majestad, pero siento que Mael merece a una princesa de verdad, una con sangre real que le ayude a unificar dos reinos. Sé que yo nunca podría darle solides al pueblo de esa forma —bajé la cabeza, entristecida.

—Tú eres aún más valiosa, porque eres una sobreviviente que ayudara a crear estabilidad en el corazón de mi hijo y un rey fuerte con una familia cimentada, mantiene la mente despejada. Ustedes dos son mi fortaleza y juntos serán imparables, trayendo solides al reino —aseguró, con una cálida sonrisa, una que me reconfortó por el momento.

—Mi Rey —realicé una reverencia el término de la canción y de inmediato Mael apareció a mi lado. Ahí supe que la velada había llegado a su fin.

Por las noches intentaba recordar mi vida fuera del castillo, mirando por el balcón como todos los días. Ver al exterior me hacía recordar mi infancia. Tenía un padre y una madre que me amaban y cuidaban, con los que solía jugar en el bosque a las escondidas o atrapadas, envueltos en risas y canticos hasta la puesta de sol. Fue una época mágica en mi vida, en donde tenía poco, pero yo sentía que lo tenía todo.

Admiraba la vida allá afuera, imaginando a los pueblerinos con una sonrisa pintada al llegar a sus cálidos hogares, donde sus familias los esperaban con los brazos abiertos, para sentarse a comer todos juntos una deliciosa sopa preparada con amor. Era una clase de vida simple, pero encantadora, o así era por lo menos lo que yo recordaba de cuando era una plebeya. Nunca me quejé de esa vida, era lo único que conocía y así era inmensamente feliz. Cuando llegué al palacio fui de igual forma feliz. Todos se desvivían por complacerme y hacerme sentir parte de su familia, pero en ocasiones extrañaba la simpleza de la vida, cuando corría libre por las praderas, sin preocuparme por ensuciar mi vestido o que la tiara se desacomodara en mi cabeza.

Observé a lo lejos un par de antorchas que no lograban iluminar gran cosa. Era tarde, el sol se había ocultado hace tanto que el rocío comenzaba a caer en los jardines, haciendo que el césped despidiera un espléndido aroma a frescura que podía disfrutar desde mi balcón. La noche transmitía una calma sin igual. El viento fresco soplaba con calma, agitando levemente la ligera tela de mi vestido y las luciérnagas jugaban entre los rosales, iluminando esporádicamente los jardines. El silencio reinaba, trayendo paz y calma. Todos dormían ya, menos yo, cuyos

pensamientos mantenían mi mente activa hasta el alba.

Desde que tomé la gran decisión de aceptar el compromiso, sentí que el tiempo pasaba más lento de lo normal. Sentía que cada día el sol tardaba más en ocultarse y que la luna apenas si se asomaba en el horizonte, escondiéndose a la brevedad para darle paso al astro rey. Con la caída de la noche, centenares de pensamientos negativos invadían mi mente, recordándome que el pueblo debía verme como la oportunista hija del panadero que se casaba con el noble y apuesto príncipe. El cargo de consciencia era mi fiel compañero en la oscuridad, trayéndome insomnio y torturándome. Pasaba las noches pegada al balcón, soñando con la libertad y al mismo tiempo con el temor de ser libre. Temía a la gente del pueblo y sus prejuicios. Me inventaba mil historias, con una sola cosa en común, el odio de mi pueblo.

¿Y si algún día ellos se rebelaban contra el rey Cormac por adoptarme y darme un título falso?

No me perdonaría si eso ocurriera, sabiendo que para mi padre de las cosas más importantes era el bienestar y la felicidad de sus súbditos.

¿Y si exigían que Mael se casara con una princesa de verdad para crear un vínculo con otra nación?

Resignada regresé a mi cuarto, sentándome frente al peinador, concentrándome en mi reflejo a la tenue luz de las velas. Mis ojeras delataban ya mis trasnochadas, regalándome una apariencia cansada. Definitivamente mi vida era más simple y feliz antes del compromiso, cuando fingía que no me afectaba el hecho de ser una aprovechada oportunista y disfrutaba de los vestidos y joyas que llevaba puestas. Después de eso sentía que por más que me arreglara, la persona que veía al espejo mantenía apresada a mi verdadero yo, aquel de carácter infantil que adoraba correr, perdiéndose en la maleza, causándole dolor de cabeza a las doncellas encargadas de vigilarme. Extrañaba mi espíritu libre e incontrolable.

Apagué la vela, quedándome únicamente con la luz de la luna entrando por el ventanal, recordándome mi soledad. La situación me asfixiaba. Pasé de ser una niña pobre a una princesa, convirtiéndome después en una prisionera atrapada en su propio cuento.

Capítulo 3

Capítulo 2: Sorpresas

La luz del sol molestó a mis parados todavía cerrados, cuando mi dama de compañía abrió de golpe las cortinas, apremiándome para levantarme.

—Briana —le reproché cubriéndome hasta la cabeza con una manta, que después me quitó de un jalón—, ¡oye! —me quejé molesta sentándome sobre la cama, tallando mis ojos y corriendo mi maquillaje del día anterior.

—Déjame limpiarte el rostro —dijo amable, arrodillándose a mi lado, pasándome un paño húmedo por la cara. Al terminar de hacerlo me ofreció un cuenco con agua, en donde sumergí mis mejillas, mojando después mi cuello para refrescarme un poco.

—¿Por qué tanta insistencia en levantarme tan temprano? —la reprendí, haciéndole notar mi mal humor por dormir tan poco tiempo.

—El Príncipe te espera abajo —su tono fue inusualmente serio.

No me sorprendió su cambio de actitud conmigo cuando me comprometí. Briana siempre estuvo enamorada de Mael, aun sabiendo que era algo imposible y al verme a mí, su amiga de la infancia comprometerme con el hombre de sus sueños... era entendible que ahora me odiara. Lamentablemente, cuando estábamos bien yo la pedí como dama de compañía, así que estaba obligada a estar presente ante cada muestra de cariño de su alteza conmigo. Entendía su repudio hacia a mí, a pesar de saber mis verdaderos sentimientos con él y eso al parecer era lo que más le molestaba.

—¿Hasta cuándo seguirás molesta conmigo? —pregunté, harta de ignorar su mal humor.

—No estoy molesta, Alteza.

—Bri, quiero de vuelta a mi mejor amiga —confesé, quitándole de las manos el vestido que seleccionó para mí.

—No deberías relacionarte conmigo. Algún día serás la señora de la casa y no es bien visto que la mejor amiga de una reina sea su criada —recalcó de forma despectiva. Amaba a mi amiga y entendía sus sentimientos. Ella habría dado lo que fuera por estar en mi lugar y que yo no valorara lo que

tenía la enfurecía.

Mi insomnio del día anterior hizo que despertara con un leve dolor de cabeza, sintiéndome sin mucha energía, así que no pensaba discutir o hablar más del tema si ella no estaba dispuesta a hacerlo.

Cuando terminé de vestirme y peinarme le pedí que me esperara afuera y sin decir palabra asintió, obedeciéndome. No estaba de ánimos para soportar la tiara en mi cabeza por el resto del día, así que tomé una de las muchas coronas que flores que hacía por simple gusto y la coloqué con mi cabeza, seleccionando una con hojas frescas y pequeñas flores blancas, que combinaban con mi vestido azul. Los rayos del sol hacían que mi melena castaña rojiza brillara con intensidad, atrapada entre las trenzas, resaltando mis ojos verdes.

Antes de salir de la habitación encontré junto a mi arreglo de flores matutino una nota con la caligrafía de Mael

Buenos días, mi querida Helen.

Espero pueda perdonarme el haberle arrebatado el sueño de tal manera, pero sé con certeza que es la única forma de despertarte después de dormirte tarde. Tengo una sorpresa preparada para mi futura esposa.

Te espero en el jardín para almorzar juntos.

Mael.

Dejé la nota al lado de mis tulipanes, pensando que a Briana se le debió haber olvidado entregármela por las prisas. Eso explicaba que intentara hacerlo todo tan rápido.

El Príncipe me tenía una sorpresa. Me levanté acomodando mi cabello por última vez antes de salir del cuarto, encontrando a mi amiga, lista para acompañarme un par de pasos detrás de mí. Era muy desesperada, así que moría por saber de qué sorpresa hablaba Mael.

—¿Tú sabes a que sorpresa se refiere? —pregunté en un susurro, asegurándome que Briana me escuchara, pero tras su silencio me detuve, encarándola y ella solo hizo un gesto divertido, figurando que cerraba sus labios con llave y tiraba esta última detrás de ella.

Le contesté con una sonrisa.

—Eres malvada —la acusé todavía sonriendo, retomando el paso. Por lo menos esta vez obtuve un atisbo de sonrisa de su parte, ya era algo—. Sabes que no soporto que me dejen con la incertidumbre. Dime que es la sorpresa y prometo fingir asombro cuando la vea.

—El Príncipe me ejecutaría si te lo digo —contestó sin perder el tono de diversión y complicidad.

—Nunca le diré que me lo dijiste —presioné sin detener mis pasos.

—Se daría cuenta, créeme. —Volteé a verla detectando una sonrisa por primera vez en días.

—Extrañaba verte sonreír —confesé.

—Me hace feliz verte feliz, aunque últimamente no lo aparente mucho —por fin lo admitía.

—A juzgar por tu reacción entonces esta sorpresa es algo que me hará muy feliz —intenté indagar más, pero ella solo me giró, tomándome por los hombros.

—Solo camine, Alteza.

Una risita de emoción se me escapó de los labios, avanzando a brinquitos. El castillo era un lugar hermoso y lleno de luz. Estaba rodeado de ventanales que por el día iluminaban cada rincón y que por las noches daban paso a un hermoso cielo estrellado mientras las velas mantenían el palacio con una cálida y acogedora luminaria. Llegando al último piso y en dirección al jardín por la puerta trasera, Mael me esperaba con una sonrisa que le iluminaba el rostro. El Príncipe era alto y guapo, con su cabello pelirrojo y esos ojos azules que lo distinguían de cualquier otro. Sin duda pertenecía a la realeza.

—Te ves hermosa —saludó con una reverencia, tomando mi mano para besarla en el dorso, manteniendo su mirada en mis ojos—. Acompáñame —pidió, ofreciéndome su brazo para caminar a su lado. Lo tomé, no sin antes reverenciarme también.

Briana nos acompañó en todo momento, situándose a unos cuantos metros para permitirnos un poco de privacidad. Mael no la saludó, como era costumbre ya. Estaba acostumbrado a ignorar a la servidumbre que en la mayoría del tiempo estaba por ahí, sin dirigirle tampoco la palabra al rey y su hijo, reverenciándose únicamente en su presencia.

—Tu carta decía que me tenías una sorpresa —quise saber, buscándole la mirada para convencerlo de que me la dijera pronto. Al descubrirme, no me quedó más que sonreírle fingiendo timidez.

—Amaneciste de buen humor —reconoció.

—Me gustan las sorpresas —confesé.

—Todo a su tiempo. Primero almorcemos —contestó ofreciéndome una silla. Me senté y él a mi lado, llamando a los sirvientes para que nos trajeran la comida. Obedecieron con rapidez las ordenes de su Príncipe y aparecieron frente a nosotros diferentes platillos, muchos más de los que podríamos comer. Les agradecí a los sirvientes y esperé a que Mael empezara para hacer lo mismo.

Comí con prisas, ansiosa por saber lo que mi prometido tenía preparado para mí y que todo el mundo quería ocultarme. Amaba las sorpresas cuando no sabía de su existencia, de lo contrario me la pasaba intentando averiguar que podría ser. Era terca y desesperada, la espera me mataba.

—Últimamente era distinta —Mael llevó un bocado a la boca justo después de decirlo y al terminar de mascar volvió a hablar—. Pareces triste la mayor parte del tiempo y no me gusta verte así. No sé qué es lo que te entristece, pero sabes que cuando quieras hablar de eso o de cualquier cosa —buscó mi mano sobre la mesa, tomando la con firmeza—, aquí estaré para ti.

Mi corazón se aceleró al ver su mirada. Me amaba, no tenía duda y eso lo volvía todo más complicado. No podía romperle el corazón confesándole que para mí solo era como mi hermano. Bajé la mirada, buscando apoyo en mi plato casi vacío.

El Príncipe se levantó de su lugar sin soltar mi mano, tomando de una tela sostenida por Bri, un hermoso collar de cadena plateada que mostraba una esmeralda en forma de gota. Cubrí mi boca con ambas manos de la sorpresa. Sonrió a ver mi reacción y no tardó en ir a mi espalda para colocarlo en mi cuello.

—Es... simplemente hermoso —tomé la esmeralda entre mis dedos, era pesada y con la luz del sol brillaba cada que la movía. Ahora entendía por qué Briana eligió con tanto esmero un vestido verde para mí, aparte de saber que era mi color favorito.

—Es precioso, no debiste —la boba sonrisa en mi cara reflejaba cuanto me gustaba su regalo.

—Deberás acostumbrarte a mis regalos, porque pienso darte uno cada día hasta nuestra boda —instintivamente solté la joya, como si quemara en

mi mano y solo la miré colgando de mi cuello, sintiendo de nuevo esa opresión en el pecho.

Mael se puso a mi lado y me ofreció la mano para levantarme, la tomé a pesar de no haber terminado el desayuno y lo seguí dentro del castillo.

—¿A dónde vamos? —indagué.

—Voy a darte tu sorpresa —el tono de su voz estaba cargado de alegría.

—Pensé que el collar era mi sorpresa —volteé a la joya.

—Quería que te vieras aún más hermosa de lo que ya eres para esta ocasión tan especial —confesó llevándome a las puertas principales, en donde un carruaje aguardaba. Lo miré confundida sin entender que es lo que planeaba—. Esta es mi verdadera sorpresa —una sonrisa iluminó su rostro y con felicidad por fin soltó: — ¿Te gustaría acompañarme al pueblo?

Conforme entendía lo que decía mis mejillas se tiñeron de rojo y mis ojos se iluminaron rebosantes de alegría. Me lancé a sus brazos importándome poco quien nos viera y planté un beso en su mejilla.

—Gracias —chillé en su oído, dándole otro beso más, para después soltarlo y meterme de inmediato al carruaje.

La risa de Mael se escuchó afuera y entró con las mejillas sonrojadas, sentándose a mi lado.

—Hablé con mi padre anoche. Sabes que él nunca ha querido que abandones este lugar y tuve que jurarle que te protegería con mi vida para que me diera permiso de llevarte, pero lo conseguí —contó triunfal.

—¿Cómo puedo pagártelo? —le estaba más que agradecida. Por años intenté convencer al Rey de dejarme acompañarlos al pueblo y su respuesta siempre fue la misma: No. Entendía que me sobreprotegiera y lo amaba, pero anhelaba esa libertad que Mael estaba a punto de darme.

—Ya se me ocurrirá algo —guiñó su ojo derecho, ensanchando su sonrisa, mostrándose tierno y al mismo tiempo coqueto.

Mis mejillas dolían de tanto que sonreía y es que no podía evitarlo. Por fin saldría, por fin conocería a la gente y caminaría por el pueblo. Por un momento me imaginé corriendo entre las calles, jugando a las atrapadas con mi mejor amigo, aunque por nuestra edad y nuestros títulos hacer algo así era imposible y es que tanta alegría me provocaba querer saltar,

gritar y correr por todos lados.

Estaba que no cabía de la felicidad. Por primera vez desde que llegué pondría un pie fuera y todo gracias a mi prometido.

Capítulo 4

Capítulo 3: El chico del pueblo

Las escasas nubes danzaban con lentitud en el cielo despejado, permitiendo que los rayos del sol buscaran mi piel, al mantener una mano fuera de la ventana con la palma en alto para sentir su calor. Todo fuera del castillo parecía distinto. Incluso respirar me era más fácil. Las hojas de los árboles brillaban mostrándose de un verde radiante; El aire era más ligero y conforme el carruaje se acercó al pueblo el aroma a pan caliente inundó mis fosas nasales.

Un vago recuerdo de mi infancia me golpeó de pronto. Mi madre preparaba la harina desde muy temprano y todas las mañanas acompañaba a mi padre a vender el pan al lugar al que ahora me dirigía. Tanto había cambiado desde entonces. La sonrisa se esfumó de mi rostro al pensar por un momento que quizá no sería bien recibida por la gente. Todos en el reino conocían bien mi historia y la abrumadora idea de que me vieran como la niña oportunista hizo que me apartara de la ventana por primera vez desde que salimos del palacio.

—¿Todo bien?

Mi rostro debió delatar mi angustia como para que Mael me preguntara.

—¿Y si me odian? —mi voz sonó mas infantil de lo que me hubiera querido y una educada risa fue la respuesta.

Tomó mi mano, besando su dorso, para después quedarse cerca de mí.

—Nadie podría odiarte. Todos querrán verte y conocerte, ya verás
—intentó animarme y ver la confianza en su mirada me hizo recuperar la sonrisa.

—Te amo —solté sin pensar bien lo que decía. No era la primera vez que él lo escuchaba, a menudo expresaba mi cariño por él con esas palabras, pero desde su propuesta no fui capaz de volver a decírselo hasta ahora, por el temor de que no entendiera realmente lo que quería decirle.

Un “te amo” no parecía tener el mismo significado para él que para mí y pude notarlo al ver esa chispa en sus ojos y la sonrisita que enmarcó sus labios.

Yo amaba muchas cosas. Amaba al rey, amaba a mi mejor amiga Briana, amaba las coronas de flores, el lago que pasaba en el jardín y el color

verde. Decirle a Mael que lo amaba no significaba que lo hiciera como a un futuro esposo, sino que lo amaba como al hermano que era para mí.

—También te amo —sonreí con incomodidad, fingiendo que mis ojos se enfocaban en el camino fuera de la ventana, para no tener que seguir viendo esa mirada ilusionada.

Me dolía verlo así y me dolía aún más no poder corresponderle. No estaba segura de nada en mi vida y mucho menos de querer casarme sin haber conocido el mundo.

Era una malagradecida, lo sabía.

El temor se instaló en mi estomago cuando nos detuvimos de pronto. No supe por cuanto tiempo le estuve dando vueltas al mismo asunto, pero cuando menos pensé ya habíamos llegado.

Carraspeé y acomodé contenta mi corona de flores, preparándome para salir.

—Helen deberías quitarte eso —indicó mi acompañante viendo por encima de mi cabeza y yo también levante la vista como si pudiera verla.

—Pero... —rogué, pero me detuve al ver que sacaba de una caja una de mis tiaras, que al parecer trajo a escondidas todo este tiempo o simplemente por la emoción ni siquiera fui capaz de ver. Era una batalla perdida. Lo miré resignada cuando el arreglo de flores se quedó en el asiento al ser sustituido por una joya digna de la realeza, cuyo peso se sentía mayor del que en realidad era.

—Tienes que comportarte como una princesa si quieres que así te vean.

Resoplé, mantenido un gesto de disgusto. Nos educaron para siempre dar nuestra mejor cara ante el pueblo y eso incluía no llevar coronas de flores como una simple pueblerina.

—Ya sueñas igual a tu padre —se le salió una risa alegre, negando con la cabeza, reservando sus palabras para él.

Tocó la puerta a su lado y no tardó en que un sirviente la abriera para él, por mi parte me quedé sentada sin saber como comportarme ahora. Miré al techo, exhalando para calmarme y la puerta a mi lado se abrió, dejándome ver a Mael con el brazo extendido, ofreciéndome su mano para bajar. Busqué sus ojos, encontrando tranquilidad en ellos e inhalando di un paso afuera.

—No nos hice anunciar para no abrumarte con el recibimiento formal—confesó cuando solté su mano, dirigiéndome a los rosales que nos

cubría de la vista.

—Siempre tan atento conmigo —aseguré en voz juguetona, distraída con las vibrantes rosas amarillas.

—Quería que tomaras un poco de aire antes de la presentación oficial y podemos ir a pie o en el carruaje, tú decides —se puso a mi lado, acercándose al rosal y sacando su espada para cortarme una rosa, despejándola de espinas para mí.

Me reverencié cuando el hizo lo mismo antes de darme la hermosa flor amarilla, que olí para después sonreírle.

—Vayamos a pie y sin anunciarnos. No quiero que se comporten diferente solo por que estemos aquí.

—Eso es imposible, ya lo veras, pero está bien.

Mael asintió, indicándole a nuestra guardia que nos siguiera de cerca sin hacer ningún anuncio, luego me tomó de la mano, envolviendo mi brazo en el suyo, iniciando nuestro recorrido.

Tras los rosales un pequeño camino se hizo presente, uno en donde la calle era surcada por puestos en cada lado. A pesar de no haber sido anunciados la gente no tardó en darse cuenta de nuestra llegada, despejándonos el camino y reverenciándose a nuestro paso. Por más que intentáramos ser discretos la vestimenta y los guardias era algo difícil de ocultar. Las miradas curiosas se hicieron notar al verme. Tanto niños como adultos se acercaban a una distancia prudente para observarme. Aferré mi agarre a Mael al notarlo, con temor de que fueran a decirme algo o arrojarme cosas, molestos, pero nada de eso sucedió. Sus miradas solo expresaban curiosidad por mí y al pasar a su lado sonreían sinceros, bajando la cabeza ante mí como si fuera una más de la familia real. Mi acompañante masajé mi mano para tranquilizarme y funcionó, aflojé mi agarre y levanté la cabeza, feliz por el cálido recibimiento del pueblo. Me concentré en los puestos en donde veía maravillada cada tela, objeto y comida. Mael me guio en cada uno, permitiéndome visitarlos todos. Me di cuenta del aprecio que le tenían al Príncipe cuando lo recibían con tanta amabilidad, mostrándole orgullosos su trabajo. Platiqué con cada persona que se acercaba a mí, aceptando sus halagos y regalos, sintiéndome apenada por no permitirme pagarles por lo que me daban. Mael notó mi incomodidad e indicó a la guardia real que repartieran monedas de oro a cada habitante, diciéndoles que no olvidaran recordarles que eran de parte de la Princesa. Me sentía nuevamente como una niña, emocionada con cada detalle, jugando con los accesorios que me gustaban o las cosas que eran divertidas, bromeando también con mi prometido, que tanta

paciencia me tuvo, pareciendo estar tan feliz como yo.

El tiempo se pasó rápido. Comimos, compramos muchas cosas y para cuando llegamos a los últimos puestos faltaba poco para la puesta de sol. Mael no se despegó de mi lado en todo momento, hasta que me escabullí al estar en un puesto grande de artesanías y ver que mi prometido platicaba con el dueño del lugar. Los guardias no notaron tampoco mi ausencia así que pude salir por detrás de la tienda sin ser vista. Solté un suspiro. Por fin estaba sola por un segundo. Sali solo a respirar, hasta que mis oídos percibieron una delicada melodía. Se escuchaba lejana y parecía provenir de un instrumento de cuerda. Guiada por el sonido avancé, siguiendo las notas perfectas. Estando por detrás de los puestos la persona que tocaba no pudo verme acercarme, así que entré sin que se diera cuenta, ingresando a lo que parecía un invernadero lleno de flores diferentes a las que crecían en los jardines del palacio, de bellos colores y exóticas formas. Adentrarme ahí, con las cuerdas sonando de fondo me hicieron sentir que en cualquier momento un hada pasaría volando para posarse sobre mi hombro. Maravillada dejé la rosa amarilla que con tanto recelo había preservado y toqué los pétalos de las esas flores desconocidas, sin atreverme a arrancar ninguna. El exquisito aroma, el bello paisaje y la música, me envolvieron, haciéndome sentir como si fuera un lugar mágico o estuviera en un bosque encantado. Di vuelta en uno de los pasillos, dejándome llevar por la curiosidad de conocer al autor de esa mágica melodía y me encontré a un joven de cabellera castaña clara, sentado en un banquito, con los ojos cerrados, inmerso en la música que con su fiddle tocaba.

Me quedé ahí de pie, a pocos pasos de él, sin poder quitarle los ojos de encima con mi boca ligeramente abierta. Permanecí así hasta que la melodía terminó y el chico abrió los ojos, mirándome tan sorprendido como yo a él, con esos iris grisáceos y el rubor subiendo hasta sus mejillas. Sentí el calor acumularse en mis pómulos y el corazón acelerárseme. Él, que parecía llevarme poco más de uno o dos años, era el hombre más guapo que hubiera visto. Aparté mi vista de sus ojos apenas el pensamiento cruzó por mi mente.

—Perdón, yo... no quería interrumpir —hablé muy rápido, al tiempo que me daba la media vuelta para salir huyendo de ahí.

—Espera —su voz me detuvo, pero me mantuve de espaldas—. Discúlpeme a mí por ser tan grosero, Princesa —esta vez volteé, encontrándolo arrodillado—. No vi que estaba aquí.

—Levántate —obedeció, manteniéndose con la cabeza agachada, mirando al suelo—, ¿Cómo sabes que soy una Princesa?

—Por la tiara, Alteza —su tono de voz mostró un poco de confusión.

Claro, en el pueblo las mujeres no vestían con telas lujosas, colgando esmeraldas de sus cuellos ni llevando hermosas tiaras en la cabeza. Me sentía una tonta por no poder decir nada adecuado. ¿Qué me estaba pasando?

—Lo siento —repetí avergonzada, volteándome de nuevo, dispuesta a irme, pero otra vez su voz me lo impidió.

—Por favor, espere. No hay nada de que disculparse —volteé, viendo sus ojos grises esta vez. Nuestras miradas se mantuvieron conectadas y ninguno dijo nada por unos breves segundos que me parecieron eternos.

—¿E-eres músico? —decidí ser yo quien hablara primero.

Sus mejillas parecieron ponerse aún más rojas de lo que ya estaban y negó avergonzado con la vista clavada al suelo.

—No, Alteza. Soy jardinero, pero desde joven toco el fiddle. Es mi pasatiempo favorito.

—Eres muy bueno —esta vez fui yo quien desvió la mirada, intentando ocultar una sonrisa coqueta.

—Muchas gracias, Alteza —despeinó su cabello con nerviosismo.

—Aunque estas flores son hermosas —admití, volteando a verlas, abrazándome a mi misma en un gesto de nerviosismo. Era la primera vez que estaba a solas con un desconocido y hasta ese momento me di cuenta de que la cortina estaba abajo, en señal de que ya había cerrado y yo entré ahí como si nada. Que mal educada era.

—Entonces permítame darle algunas —en cualquier otra situación debería de estar asustada, pero no con él, que me parecía un chico amable y confiable, así que solo asentí, sonriendo.

Se movió por todas partes, eligiendo unas cuantas flores que preparó con esmero, dándomelas envueltas en una telita que guardaba la tierra con sus raíces.

—Así podrá ponerlas en su jardín, Alteza —las extendió hacia mí.

—Helen. Mi nombre es Helen —le dije con esa tímida sonrisa marcada en mi rostro, notando como mis manos rosaban las suyas cuando tomé su regalo, con nuestros ojos fijos en el otro, haciendo que ambos nos

ruborizáramos otra vez.

La cortina se abrió de inmediato, dejándome ver a un guardia seguido de Mael, cuya mirada confundida se dirigió a nuestras manos unidas, que yo inmediatamente separé, atrayendo las flores hacia mi pecho sin pensar en que podía manchar mi vestido. Un par de guardias tomaron de ambos brazos a mi acompañante, con uno más golpeándolo en el estómago.

—¡Suéltelo! —ordené furiosa cuando Mael llegó a mí, enfundando su espada para colocar sus manos en mis antebrazos, sujetándome con fuerza.

—¿Estas bien? —sus ojos parecían verme a detalle con rapidez, haciéndome un rápido análisis para cerciorarse que estuviera todo en orden, sus facciones y su voz eran de genuina preocupación. Desvié la vista sintiéndome culpable.

—Sí —contesté entendiendo su desesperación y me abrazó sin importar que nos vieran, soltando un suspiro al tenerme entre sus brazos.

—Te fuiste. Pensé que algo malo te había pasado ¿Qué hacías aquí sola con este tipo? —al decirlo su voz pasó de la preocupación al enojo y me soltó. Encarando al chico— ¿iQué hacías a solas con mi prometida!? —explotó dirigiéndose a él y golpeándolo en la cara.

—¡No! —grité al verlo, sorprendida por su reacción y lo tomé con fuerza del brazo impidiéndole que le soltara otro golpe— Mael por favor, déjalo —supliqué asustada—. Fui yo quien vine hasta acá. E-él solo estaba tocando el fiddle y yo seguí la música —hablé rápido y con nerviosismo—, me regaló estas flores y eso fue todo. No me hizo nada, te lo prometo. Por favor díles que lo suelten —rogué sin darme cuenta de que estaba llorando—, por favor.

El Príncipe volteó con sus soldados asintiendo en señal de que lo dejaran libre y apenas lo soltaron cayó al suelo, sosteniendo su estómago con un gesto de dolor. Solté a Mael para arrodillarme con el desconocido, tocando con manos temblorosas la sangre en su barbilla, sin evitar perderme de nuevo en sus ojos.

—¿Estas bien? —Un tirón en mi brazo me hizo alejarme, haciéndome soltar un grito por la sorpresa.

—Suficiente, vámonos —sentenció mi prometido, sujetándome con más fuerza de la necesaria para que lo siguiera.

—Suéltame —exigí intentando inútilmente liberarme—, me lastimas.

—¿No oyó a la señorita? No debería tratar así a su prometida —las palabras del desconocido fueron escuchadas por el Príncipe sin necesidad de que las gritara, haciendo que éste volteara su cabeza en su dirección, aprisionando todavía mi brazo.

—Soy tu Príncipe y ella una Princesa, así que por tu bien no vuelvas a acercártele si no quieres pasar el resto de tu vida en un calabozo —le habló con voz calmada, viéndolo de reojo e ignorando su petición.

Sin esperar a una respuesta me arrastró hasta el carruaje a pocos pasos de ahí, con los guardias haciéndonos paso entre la gente que poco a poco llegó a acumularse.

No supe en que momento las flores terminaron en el suelo, hasta que sentí mis manos vacías y levanté la mirada, viendo a lo lejos como el desconocido se inclinaba a levantar mi regalo, con un gesto de dolor todavía en su rostro. Aquel hombre fue tan valiente como para enfrentarse al Príncipe solo para defenderme. Sus ojos buscaron los míos en la lejanía, mostrando una mirada de impotencia y de mis labios solo salió un adiós que no fue escuchado, pero que tenía la esperanza pudiera leer en mis labios.

Mi prometido me soltó hasta que me dejó dentro del carruaje, sentándose en frente. Limpié mis lágrimas quitándolas con fuerza de mis mejillas, mostrándome enojada. ¿En qué momento todo se descontroló? Se suponía que ese sería el día más feliz de mi vida y terminé con Mael odiándome y una opresión en el pecho. Si no me hubiera escabullido lejos de él nada de eso habría sucedido, pero... la mirada de ese chico regresó a mi memoria y no pude evitar sonreír. No me arrepentía de conocerlo. No sabía su nombre ni nada de él, pero me hizo sentir algo distinto, algo que no podía explicar con palabras.

—Estas sonriendo —me reprochó mi acompañante— ¿Es por él? —su voz mostraba su pesar— ¿Qué hacías con ese plebeyo? ¿Por qué te alejaste de mí? —podía percibir su dolor.

—No lo llores así —pedí con suavidad, temiendo a su reacción. Pocas veces había visto a Mael enojado y nunca había sido conmigo—, te conté la verdad. Me alejé por que escuché una música que llamó mi atención y quise ver de dónde venía. Eso fue todo.

—Seguiste la música —sonaba ligeramente molesto— y te encontraste con él —hizo una breve pausa, cubriendo su boca con la mano en un gesto de molestia y desesperación—. No volverás a salir del castillo.

—No dejare que esta sea la primera y última vez —las lágrimas volvieron a acumularse en mis ojos—. Me prometiste que no sería una prisionera, que saldría cuando quisiera y que me llevarías contigo cuando viajaras. No

puedes impedir que salga.

—Claro que puedo —sonrió, pero sus ojos eran tristes— en unos meses seré tu esposo y tendrás que obedecerme. No volverás a salir de aquí —declaró de forma amenazante con la vista fija en la ventana.

—No puedes hacerme esto. Sabes lo que significó para mí salir hoy —mi voz dejo de ser suplicante para volverse fuerte, mostrándole mi enojo— ¿Lo siguiente que me prohíbas será que salga de mi habitación?

—¡Si así te mantengo alejada de los demás, eso hare! —grito furioso— ¿Tienes idea de la angustia que sentí? ¡Creí que algo malo te había pasado y tras buscarte por todas partes y movilizar a la guardia real te encuentro sola con un hombre, tomados de las manos! ¿Cómo esperas que reaccione? —sonó desesperado.

Ahora que escuchaba su punto de vista me daba cuenta de que tenía razón de estar enojado conmigo. Imaginaba el dolor que debí causarle al encontrarnos así, donde pudo malinterpretarlo todo y eso es justo lo que quisiera decirle, que estaba mal interpretando, pero no era capaz de mentirle así a la cara. Las mariposas revolotearon en mi estomago cuando nuestras manos se tocaron y me fue imposible alejarme de él.

—Perdóname —no encontré nada mejor que decirle. Era absurdo negar lo obvio. Mael supo en cuanto me vio que ese desconocido me gustaba y entendía su coraje. Le había roto el corazón.

—Entiende que no debes estar a solas con ningún hombre. Eres mi prometida y me debes respeto —esta vez su tono de voz fue moderado, mirándome fijamente mientras me tomaba de las manos— no intentes verme la cara Helen, porque te conozco y vi tu rostro sonrojado y esas pupilas dilatadas —pasé saliva sintiéndome avergonzada—. Tienes prohibido poner un solo pie fuera de los jardines del castillo.

—¡No! —Grité llorando, pero firme, soltando sus manos —¡No soy una sirvienta o alguno de tus guardias a quien intimidas con gritarles y te obedecen sin pestañear! ¡Podré ser tu esposa, pero jamás seré de tu propiedad!

Levantó la mano cerrando el puño al lado de mi rostro, temblando de coraje sin atreverse a tocarme, solo para bajarlo nuevamente.

Lo miré desafiante, retándolo a que lo hiciera, pero solo se bajó del carruaje azotando la puerta tras su partida. Nunca lo vi tan enojado, hasta ahora. Si esperaba que me soltara a llorar con esto, no lo lograría. Me quedé ahí sentada, abriendo yo misma la puerta para dirigirme al jardín. No tenía ganas de verle la cara en la cena después de esto. No quería casarme con un hombre posesivo y violento. Sabía que le debía tanto al

rey, pero tenía que haber otra forma de pagar su gratitud. Preferiría trabajar en el palacio por el resto de mi vida que casarme con Mael. Por un breve segundo pensé en escapar, pero eso le rompería el corazón a mi padre y no sería capaz de hacerlo solo por un arrebatado de enojo con su hijo. Decirle lo sucedido tampoco me ayudaría cuando en primer lugar fue él quien me prohibió salir. No sabía si Mael le contaría, pero yo lo guardaría como un secreto.

Después de todo, reconocía mi culpa en esto y la verdadera razón por la que quería regresar al pueblo era solo para volver a verlo.

Capítulo 5

Capítulo 4: Jarrón roto

—¡Helen! —la estridente voz de Briana retumbó en mis oídos.

Di un brinco en el balcón al darme cuenta de su presencia ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? No tenía idea.

—¿Qué? —el hilo de mis pensamientos siguió atrapado en esos ojos grises, mientras observaba al pueblo desde mi habitación, imaginando que me encontraba allí.

—Debes volver a hablarle algún día.

Volteé a verla con los ojos entrecerrados. Se me hizo difícil creerle. ¿En realidad quería que volviera a dirigirle la palabra a su amado Príncipe?

—Si no quieres hablar con él entonces hazlo conmigo —suplicó sentándose en mi cama como cuando éramos niñas— ¿Que sucedió allá afuera que te tiene así? Llevas dos días aquí encerrada y sigues negándote a comer.

Me senté a su lado, para después dejarme caer en la cama con los brazos extendidos, soltando un suspiro.

—A eso me refiero —volteó curiosa en mi dirección—, te la pasas lanzando suspiros al aire desde que volviste. Ya dime que ocurrió ¿Se besaron? —su mirada era más de curiosidad que de cualquier otra cosa.

Cuando solté una carcajada su rostro mostró impaciencia.

—No puedes estar más alejada de la realidad —le dije en tono burlón, cerrando los ojos para volver a ver a detalle a ese chico, dueño de mis pensamientos, suspiros y trasnochadas—, conocí a alguien. Es el hombre más guapo que he visto, sus ojos me atraparon, su varonil voz cuando me defendió fue... y su música... wow es fantástica.

—¿¡Qué!?! —su voz sonó como un agudo childo que me hizo abrir los ojos de inmediato, rechinando mis dientes— ¿De qué estás hablando? ¿Quién es? —fue su curiosidad quien habló, pero su tono cambió rápidamente a uno de reproche—, pero... estas comprometida con su Alteza —sus manos cubrieron su boca, abriendo los ojos de forma exorbitante.

No pude evitar reírme, haciéndola enfadar.

—Helen esto es un tema serio, no puedes jugar con eso —advirtió en regaño.

—No estoy jugando —reí, sonrojándome al recordarlo—. Estoy enamorada —declaré en voz alta y Briana inmediatamente cubrió mi boca con su mano, mirando a la puerta asustada, cerciorándose de que nadie hubiera escuchado.

—Helen deja de decir cosas así ¿Quieres que nos corten el cuello a las dos? —su tono era más nervioso que asustadizo y eso me hizo reír aún más, dándome cuenta de cuanto extrañaba a mi amiga.

—¿Y a ti porque te decapitarían? —la cuestioné con mirada acusatoria.

—Porque si fuera cierto, saber algo así y no decirlo es como si cometiera traición a la corona —dicho esto volteó una vez más a la puerta, como si de pronto esperara escuchar como alguien nos espiaba tras la madera.

—Estas exagerando —intenté poner mi rostro serio.

—Deja de inventar cosas así —volvió a regañarme, poniéndose de pie.

—Bri, te estoy contando la verdad —hice una breve pausa, sin perder detalle de cómo sus facciones pasaban del fastidio a la angustia—. Lo conocí en el mercado. Me alejé un momento de Mael para tomar aire y escuché una melodía, solo la seguí y me encontré con él —un suspiro más fue lanzado al aire ante el recuerdo de la mágica escena—. Fue amor a primera vista.

Mi amiga dio un par de pasos atrás, tanteando el peinador hasta encontrar el banquito y tomar asiento en él.

—Esto está mal, lo sabes.

—Sí —admití con voz divertida—. Es la primera vez que siento mi estomago así, fue como si fuera a vomitar, como si cientos de colibríes revolotearan ahí dentro ¿lo has sentido? —Briana se me quedó viendo de forma seria, pero no dijo nada—. Necesito volver a verlo

—No, claro que no ¿Acaso quieres morir o que lo maten?

Me senté, reflexionando sobre sus palabras.

—Comoquiera no puedo volver a hacerlo. Mael me prohibió volver a salir

—bajé la mirada, enojada.

—No me digas que se dio cuenta.

Elevé la vista, parpadeando inocentemente en respuesta y Bri volvió a mostrarme esos ojos llenos de sorpresa, cubriendo de nuevo su boca con una de sus manos por el asombro al interpretar mi silencio.

—Nos encontró tomados de la mano, o algo así. Lo malo es que lo vio todo, nos encontró justo cuando nuestras miradas conectaron y ahora él lo sabe y me cuestionó sobre eso, castigándome con no dejarme salir nunca más —cruce mis brazos en negación, como hacía en la infancia.

—¿Cómo reaccionó? ¿Cómo está el Príncipe? —de nuevo ese suave tono de voz disfrazado de preocupación salió a relucir.

—Enojado conmigo ¿Cómo más va a estar?

—Helen él te ama —intentó suavizar su voz para hacerme entender, pero quien no entendía era ella.

—No me hables así, no soy la villana aquí. No es mi culpa haberme enamorado —admití torciendo la boca en un puchero ante su tono.

Muy en el fondo yo sabía que estaba mal, pero la parte que dominaba en mi mente intentaba convencerme de que no era así y de que estar enamorada de alguien más era hasta cierto punto normal. En la realeza era común verse atrapado en un matrimonio sin amor, así que no sería la primera ni la última que estuviera comprometida amando a alguien más.

—Te das cuenta de que le rompiste el corazón y... ¿no te importa? —su chillona voz de reproche fue una cachetada invisible de moral que impactó en mi mente, dejándome sin aliento.

Ella tenía razón ¿Qué pasaba conmigo? Mael no merecía que lo hiriera de ninguna forma y yo descaradamente lo hice. Recordé esa mirada que me lanzó justo antes de salir del carruaje y hasta ahora me di cuenta de que sus ojos brillaban más de lo normal, como si hubiera estado a punto de echarse a llorar. Oh no.

Descruce mis brazos y de un saltó me levanté, saliendo disparada de mi habitación, ignorando la mirada de desaprobación y confusión de mi única amiga. Recorrí a paso rápido ese corredor que me separaba de la habitación del Príncipe y al plantarme sobre su puerta toqué un par de veces. Al no obtener una respuesta inmediata abrí la puerta, rompiendo un par de reglas de conducta.

Me encontré de frente con mi prometido, que estaba a un par de pasos de la puerta, como si apenas se dirigiera a abrirla. Me miró sorprendido y antes de que pronunciara palabra busqué el calor de su perdón con un abrazo que no tardó en corresponderme. No dijo nada, solo me abrazó fuertemente con una mano, acariciando mi cabello suelto con la otra, pareciendo disfrutar de mi cercanía.

—Perdóname —no fui capaz de elevar la vista.

—Perdóname tu a mi—esta vez me rodeó con ambos brazos. Permitiéndome escuchar los latidos de su corazón—. Nunca debí levantarte la mano. No quiero que me temas o que creas que las cosas serán así en el futuro. Prometo no volver a asustarte.

—No me asustaste —deshice el abrazo, mirándolo a los ojos— y no tengo nada que perdonarte. Tenías razón, no debí alejarme y discúlpame si te herí, nunca quise hacerlo.

Las manos de mi prometido me tomaron por las mejillas, inclinándose ligeramente, acercándose a mi rostro hasta que sus labios tocaron los míos, dándome un tímido beso y manteniéndose cerca de mi boca para volver a besarla por unos segundos más.

Mi primera reacción fue quedarme estática, hasta el segundo beso que correspondí en acto reflejo, contribuyendo a que sus labios duraran mas tiempo unidos a los míos, saboreándolos por primera vez, sintiendo el calor subir a mis mejillas.

Mael se alejó primero, dejando caer sus brazos a los costados, con una boba sonrisa en su cara, relamiendo sus labios con pena.

—Disculpas aceptadas —pronunció al tomar mis manos—. Es bueno tenerte de vuelta. Mi padre y yo te extrañamos estos días y no sabia que decirle para que no fuera a buscarte. Tuve que inventar que estabas indispuesta.

Le sonreí feliz. Después del compromiso creí que había perdido a los únicos amigos que tenía, pero me daba cuenta de que eso solo estaba en mi cabeza. Briana seguía dispuesta a escucharme y Mael siempre estaría ahí para cubrirme.

—¿Por qué te ríes? —indagó con curiosidad.

—¿Recuerdas cuando rompí el jarrón favorito del Rey?

De niños a menudo jugábamos a las escondidas dentro del castillo y uno de esos días en los que corrí para ocultarme accidentalmente rompí un hermoso jarrón con valor sentimental para el Rey. Mael caballerosamente

se echó la culpa por mí, protegiéndome del regaño y castigo de nuestro padre.

—Esos meses sin postre y las dobles clases de conducta fue lo peor de mi infancia —contestó entre risas.

—Siempre te guardaba la mitad de mi comida y te esperaba ansiosa para jugar juntos después de las lecciones.

—Pero solo era una mitad del postre —se quejó sin perder el brillo en sus ojos.

—Gracias por encubrirme ese día y también ahora —dije sincera. Si mi padre se enteraba de que por un momento me escapé de su hijo, ahora si no volvería a salir jamás. Le debía mucho más a Mael de lo que cualquiera pudiera pensar, de pequeños éramos muy traviosos y teníamos tantas anécdotas en las que él se metía en problemas por mi culpa.

—Sabes que siempre cuidare de ti, en todos los aspectos —cuando mostró esa sonrisa llena de amor mi corazón se encogió por la culpa de no poder corresponderle como lo merecía.

—Y no vuelvas a besarme —advertí soltando nuestras manos—, si tu padre nos ve estará muy decepcionado de los dos así que no vuelvas a hacerlo, ni siquiera deberíamos estar solos.

—No me arrepiento de nada —canturreó, cerrando así nuestra conversación.

Durante la cena mi padre no indagó sobre mi malestar o el por qué no me presenté a comer durante dos días, solo me hizo saber lo feliz que estaba por verme bien y que los acompañara esta vez.

Mael y yo nos sentábamos cada uno a un extremo de nuestro padre y solíamos platicar amablemente mientras comíamos. El tema de conversación de esa noche se basó en nuestra infancia y las travesuras de "Mael". Durante toda la cena ambos nos mandamos miradas cómplices, ocultándole la verdad a nuestro Rey. Eran temas inocentes y travesuras infantiles, pero aun así estaba segura de que el Príncipe nunca me delataría. Desde que nos conocimos solíamos ser muy leales. Cuando él hacía algo malo o alguien quería saber algo de él, yo no rebelaba ninguna información así me castigaran a mi también. La cena se desarrolló entre risas y anécdotas, hasta que el Rey carraspeó, mirando a su hijo con seriedad, insinuándole algo con la mirada.

Por primera vez en toda la tarde los ojos de Mael se volvieron tristes, un gesto que no me pasó desapercibido.

—Helen, hay algo que quería contarte, pero como estos días no he tenido oportunidad de que hablemos, no había podido hacerlo. —Solté la cuchara, concentrándome en lo que fuera que debía decirme—. En unos días tendré que salir a Inglaterra a arreglar unos asuntos relacionados al reino, que mi padre me pidió tratara personalmente. Visitaré un par de provincias y dentro de unos meses estaré de vuelta, a tiempo para la ceremonia de nuestra boda.

—Pero ¿qué hare aquí sin ti? —por más que no estuviera de acuerdo con nuestro compromiso, lo necesitaba cerca.

El Rey se rio de mi expresión de tristeza, tomando mi mano en consuelo.

—Yo me quedare para hacerte compañía, pequeña y este tiempo podrás entretenerme en involucrarte con los preparativos para la boda —intentó animarme, haciéndome sentir mas miserable. Era como organizar mi propia sentencia de muerte.

Cuando el Príncipe notó que las palabras de su padre no lograron animarme en lo mas mínimo, lanzó un chícharo a mi cara, haciéndome reír por el gesto tan infantil para llamar mi atención, ignorando la severa mirada que le lanzó el Rey ante su mal comportamiento.

—No puedo llevarte conmigo, porque debes quedarte a cuidar a nuestro padre —se justificó.

Volteé a ver al Rey, entendiendo lo que Mael decía. Era claro que un gobernante no necesitaba a una joven princesa para protegerlo, pero el dejarlo solo en aquel enorme lugar era algo de lo que no seria capaz. Yo me quedaría a cuidar de su corazón— y prometo traerte decenas de regalos —eso ultimo me hizo sonreír, negando con mi cabeza, sin poder creer lo fácil que le fue convencerme.

No era la primera vez que Mael se iba, pero cada que lo hacía sentía que una parte de mi corazón se iba con él. Aunque nuestro padre y Briana me hicieran compañía, los días se tornaba largos y aburridos sin la compañía de mi hermano.

El Príncipe se puso de pie yendo a mi lugar para tenderme la mano e invitarme a acompañarlo. Miré su mano un tanto dudosa, pero terminé aceptándola al levantarme. Mael sonrió de forma traviesa, esa que me decía que un plan se estaba formando en su mente y me animó a correr, algo que no tardé en hacer apenas levanté ligeramente mi vestido para no pisarlo y corrimos juntos en dirección a los establos, con las risotadas del

Rey a nuestras espaldas.

“No se duerman muy tarde” se escuchó a lo lejos cuando nuestro padre se resignó a aceptar nuestros juegos, seguramente pensando que a pesar de que ambos habíamos crecido, seguíamos comportándonos como unos niños.

Capítulo 6

Capítulo 5: Oculta tras una capa

El cielo se tornó oscuro para cuando cabalgamos la última vuelta en los inmensos jardines del palacio, con la luna indicándonos el camino de vuelta. Desde niños uno de nuestros pasatiempos favoritos era la equitación y aunque nuestro padre se negaba en un inicio que una niña de 8 se subiera a un poni, Mael terminó convenciéndolo. Con el paso de los años ese poni pasó a convertirse en un caballo bien entrenado que corría como un rayo. Mi yegua Luna era ágil y veloz, compitiendo con el imponente de Tormenta, el favorito del Príncipe. Jugábamos carreras a menudo, ganando mi corcel blanco la mitad de las veces. Esa tarde le aposté a mi prometido que si ganaba debía prometerme que al llegar de su viaje volveríamos a salir del castillo y para su desgracia fui la vencedora. Mael torció la boca en un gesto de desaprobación, alegando que hice trampa y rápidamente desvió el tema. Entendía que no quisiera llevarme al pueblo de nuevo, pero no dejaría de insistir en hacerlo y él lo sabía. Cuando una idea se me metía a la cabeza nada me hacía desistir de ella.

Al terminar Mael me acompañó hasta la habitación, besando mi mano en despedida. Su mirada fue ligeramente triste, pero no dijo nada y preferí no preguntarle que ocurría. Sabía que ahora cada que le dijera que quería salir lo asociaría a la escena de ese desconocido y yo tomados de las manos, mirándonos fijamente. Durante toda la tarde no volví a pensar en ese chico y es que cuando estaba con el Príncipe, era él quien tenía toda mi atención, pero apenas sentía su ausencia, esa mirada grisácea torturaba mis pensamientos, haciéndome pensar locuras que la traicionera noche me retaba a cumplir. Debía superar esa enfermiza obsesión con él y no había mejor forma que enfrentándome a lo que sentía. Necesitaba volver a verlo.

Cuando los gorriones llegaron hasta mi balcón con sus alegres canticos, me levanté de inmediato, con una grandiosa idea en mente. Tarareé esa hermosa melodía que no escapaba de mi memoria, dando vueltas, bailando con un acompañante imaginario por toda mi habitación. Tenía un plan y la simple idea de que se hiciera realidad me alegró instantáneamente.

Tomé asiento frente al peinador, cepillando mi larga cabellera pelirroja/cobriza con los primeros rayos del sol iluminando mi mañana, mostrándome frente al espejo la imagen de una chica con el brillo en su

mirada y las mejillas rosadas.

—Buenos días, Princesa —saludó Briana con su tono de voz apagado.

—Hola, Bri —mi voz no podía sonar mas alegre y eso la hizo mostrar una expresión de confusión que vi en el reflejo.

—Me alegra que solucionaras las cosas con su Alteza —a pesar de que sonaba sincera, sus palabras arrastraron la tristeza de su alma.

Me sentía mal por ella, pero no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Briana debía olvidarse de Mael y yo no era precisamente la mas indicada para decírselo. Mientras ella suspiraba por el hombre que me amaba, yo soñaba con alguien más. Si tan solo el Príncipe pudiera verla, no como a alguien mas de la servidumbre, sino conocerla de verdad, quizá, solo quizá, se enamoraría de ella y pudieran ser felices, pero en la vida real esas cosas no podían pasar. El Príncipe no estaba dentro de sus posibilidades y Briana lo sabía, pero eso no hacia que le doliera menos o a mí. Un amor imposible era justo lo que yo también sentía, así que la entendía más de lo que ella creía.

—No estoy feliz por Mael, sino por mi —recalqué, llamando su atención.

—Ay no.

Sonreí ante su expresión de resignación. Sin duda me conocía muy bien.

—Necesito tu ayuda, Bri.

—¿Mi ayuda? ¿Para qué? —sus facciones no pudieron ocultar su preocupación, mientras tomaba asiento en mi cama, seguramente augurando que nada bueno podía salir ahora de mi boca.

—Te advierto que como mi dama de compañía es tu obligación complacerme en todo lo que te pida.

—Ay no —repitió con genuina preocupación en sus facciones, haciéndome sonreír todavía más.

—Ma ayudaras a ir al pueblo. —Sus grandes ojos marrones se ampliaron con sorpresa, mientras su cabeza se movía dándome una negativa— solo será una breve visita, lo prometo. En tres días te toca a ti ir por provisiones ¿no? Me llevaras contigo y como será temprano nadie pasara a buscarme y si alguien lo hace solo diré que apenas salió el sol fui a pasear a los jardines.

—No lo haré —dijo rotundamente, borrándome la sonrisa.

Me levanté para sentarme a su lado, tomando sus manos, intentando transmitirle así mi angustia por ir.

—Tengo que verlo una vez mas y decirle que estoy bien. No pude despedirme y lo ultimo que vio de mi fue que Mael me subía a la fuerza al carruaje. Debe estar preocupado.

—¿Cómo sabes eso? Ni siquiera lo conoces Helen. Lo mas seguro es que ya ni te recuerde —sus palabras hirientes lograron su cometido, haciendo que la soltara, mirándola con severidad.

—Estas obligada a cumplir todos mis mandatos, para eso estas aquí —no pude evitar ser grosera, aprovechándome de mi falso titulo para obligarla a acceder.

Ella me miró ofendida, pero se mantuvo callada, desviando después la vista al suelo. Supe que mis palabras le dolieron tanto como las suyas a mí, así que estábamos a mano.

—Quiero que hagas esto como un favor para tu amiga, no porque te obligue a seguir mis caprichos —enfaticé con sinceridad y pareció funcionar, cuando me devolvió una mirada más relajada.

—Si no quiero ayudarte es para no perjudicarte. Date cuenta de lo que me pides. Sabes que si nos descubren nada podrá salvarnos. Esto es muy arriesgado.

—Bri, por favor —rogué.

—Helen estas comprometida con el Príncipe, tienes que reaccionar, no puedes desobedecerlo en esto y mucho menos para encontrarte con otro hombre. Su Alteza es un hombre bondadoso, pero ¿Cómo crees que reaccione si se entera de esto? Ponte en su lugar —como siempre, mi amiga era la más madura y consciente de ambas.

—¿Tú se lo dirás?

—Claro que no —se defendió, ofendida.

—Entonces no lo sabrá y si no lo sabe no lo lastimaré. Solo ayúdame en esto y no volveré a pedirte nada —al ver que mis palabras no la convencían, tuve que recurrir de nuevo a las amenazas —. Si no lo haces buscare la manera de salir yo sola y quien sabe, quizá no me den ganas de regresar.

—Eso destrozaría al Príncipe y a su Majestad —habló preocupada.

—Entonces asegúrate de que vuelva —una sonrisa malvada se reflejó en mi cara al sentir la victoria asegurada.

—No, no seré parte de esto. Si quieres irte y no volver entonces la muerte del Rey por la tristeza quedara en tu conciencia —se levantó enfurecida, dirigiéndose a la puerta, pero me interpose bloqueándole el camino— Helen, piénsalo bien, no lo hagas —hizo su último intento por convencerme, pero dijera lo que dijera, mi decisión estaba tomada y así fuera lo último que hiciera, saldría de ese palacio, con o sin ayuda.

—Briana, no me dejes sola en esto —tomé una de sus manos —, eres mi única amiga. Sabes que no puedo hablar con nadie más aquí de esto y eso me esta enloqueciendo. Todos piensan que ser la hija adoptiva del Rey es una bendición, pero tú sabes lo infeliz que soy —las lágrimas que no tardaron en acumularse en mis parpados eran de genuina desdicha—. Mas que una princesa, soy una prisionera en este lugar —dirigí mi vista al suelo, no quería que me viera llorar—. Solo quiero despedirme y acabar con esto de una vez —ante su silencio volví a suplicarle—. Por favor, Briana, te daré lo que quieras, pero necesito salir por última vez.

Se hizo un largo silencio, en el que mi amiga parecía pensar muy bien su decisión y un abrazo fue su respuesta. Me consoló, dejándome llorar en su hombro, sosteniéndome cuando mis rodillas me fallaron, obligándome a caer al suelo. Acarició mi espalda en un gesto maternal y cuando me vio mas tranquila por fin habló:

—Te ayudare porque eres mi amiga, pero solo será esta vez y por favor no vuelvas a pedirme algo así. No te aproveches del cariño que te tengo para chantajearme de nuevo —advirtió con severidad y yo solo asentí cuando me dejó ahí en el suelo, mientras ella preparaba mi baño.

Una pizca de mí me decía que era incorrecto chantajear así a mi amiga, mientras la otra parte brincaba de alegría por haber logrado lo que quería.

Solo tres días más y lo vería de nuevo.

Día... noche.

Día... noche.

Antes de que el alba se iluminara ya me encontraba en camino al cuarto de Briana con los nervios a flor de piel ¿Cómo es que podía haberseme ocurrido algo tan arriesgado? Por un segundo titubeé, pero supe que el riesgo valía la pena y después de tanto trabajo que me costó convencer a Bri, no podía echarme para atrás, ya no. Ella ya me esperaba con la

puerta entreabierta y apenas me vio la abrió para jalarme dentro y cerrar con prisa procurando no azotar la madera para no despertar a nadie. Era fin de semana y al igual que los nobles, la servidumbre acostumbraba a levantarse ligeramente más tarde.

Briana me ayudó a quitarme el vestido para ponerme uno de ella. Yo inspeccionaba el lugar, que era en extremo pequeño y carecía de ornamenta. Una capucha me cubrió el rostro y no fui capaz de levantarlo sintiéndome avergonzada por invadir así la privacidad de mi amiga. De nuevo mi mente me traicionaba repitiéndome que un cuarto así era a donde en realidad pertenecía. Una vida simple y llena de carencias, que gracias al destino no me tocaba vivir.

Sin mas tiempo que perder me aferré al brazo de mi amiga con temor al salir de su cuarto. Temía que los guardias o los sirvientes me reconocieran, pero por la ropa grisácea que portaba y la capa oscura que me cubría de pies a cabeza, nadie se detendría a prestarme atención.

A la luz de la luna ayudé a Bri a subir un par de canastas en la carreta en donde nos iríamos. Salimos por la puerta de la cocina, en donde los guardias no se molestaban en aparecerse a esas horas, así que subimos a la carreta sin interrupciones y a la salida solo bajé mi cabeza al esperar que los guardias nos abrieran el único portón que me alejaba de la libertad. Temblaba bajo el ropaje, pero en cuanto la carreta avanzó solté un suspiro de alivio. El primer parte del plan salió sin contratiempos.

Sentí el corazón latirme a mil por hora cuando la carreta avanzó lejos del puente y siguió a paso constante al pueblo. Se me hacía difícil de creer que la gente ya estuviera de pie, realizando sus actividades diarias como si fueran las 9am. La mayoría de los puestos en el mercado ya estaban abriendo y por un momento pensé que quizá me precipité al pensar que a esa hora un puesto de flores ya estuviera abierto.

Briana bajó de la carreta sin ayudarme a hacerlo, lo que me sorprendió, pero tras pensarlo, yo le pedí que estando ahí me tratara como a una pueblerina mas y ella solo estaba cumpliendo mi mandato, así que salté con agilidad, como cuando bajaba de mi yegua, equilibrándome rápido y el poner los pies en el piso lleno de lodo por la llovizna de la madrugada, me hizo recargar toda mi energía. Me atreví a levantar la vista y descubrí que nadie me prestaba atención, todos se concentraban en lo suyo, ignorando mi presencia por completo y eso ensanchó mi sonrisa. Levanté ligeramente el vestido procurando que no se me ensuciara, pero mi amiga llegó dándome un manotazo.

—¿Qué haces? ¿Crees que aquí tenemos tiempo para levantar nuestras faldas con cada paso que damos? Deja que el vestido se ensucie e intenta

actuar normal.

Asentí con la cabeza, aun sin atreverme a hablar, temiendo que con mi simple voz alguien pudiera reconocerme, sabiendo que era algo imposible.

Caminé sintiendo la falda lodosa rebotar en la punta de mi calzado fino, uno que olvidé quitarme y que ahora estaba estropeado. Bri me sorprendió de repente untando un poco de tierra en mis mejillas, tomándome desprevenida.

—¿Qué? —quise preguntarle que hacía, pero no me dio tiempo ni de terminar mi pregunta.

—Nadie aquí lleva un rostro tan limpio como el tuyo —seguramente debió notar mi gesto de desagrado porque no tardó en añadir: —, llegando al palacio te lo limpiaré, ahora ayúdame cargando un cesto y acompáñame.

Obedecí, tomando el gran y pesado cesto, intentando seguirle el paso hasta uno de los puestos, en donde los dejamos mientras mi amiga charlaba animadamente con la encargada, que al igual que los demás, me ignoró al acercarme.

Briana había aceptado traerme con la condición de que la ayudara con sus encargos del día y eso incluía cargar las grandes canastas con la ropa sucia que transportaban hasta el pueblo para ser lavada como era debido y también cargarle las bolsas de frutas y verduras para mi desayuno. De vez en cuando echaba una ojeada al puesto que esperaba con ansias que abriera, pero para mí pesar permanecía cerrado. Al terminar con nuestras compras y mandados, el sol ya brillaba en lo alto y yo agradecía que esa mañana el desayuno se sirviera particularmente tarde o ya habrían notado mi ausencia en el castillo.

Estaba por rendirme, hasta que escuché el fiddle sonar y mi corazón se aceleró. Volteé de inmediato e hipnotizada por la melodía caminé hacia ella sin pensarlo. Avancé paso a paso, sintiendo mis rodillas temblar ante la ilusión de verlo de nuevo. ¿Qué le diría? ¿Me reconocería?

Apenas me acerqué pude verlo, concentrado en su música, tocando con pasión. Mis mejillas se ruborizaron al quedar a un metro de él y como si intuyera mi presencia, elevó la vista, reconociéndome de inmediato, poniendo fin al movimiento de las cuerdas.

—Princesa —su voz sonó sorprendida, al tiempo que se levantaba, dejando su instrumento a un lado para arrodillarse ante mí.

Su gesto me hizo sonreír avergonzada, sin saber por qué. La gente solía arrodillarse ante mi todo el tiempo, pero con él era diferente. Acorté la

distancia que nos separaba y mis rodillas reposaron en el suelo, frente a él. Me atreví a tocar su barbilla para levantarle el rostro. Tantos días me había privado de esos ojos grises que no quería dejar de verlos por el resto de la mañana.

—No me prives de verte —advertí y bajó nuevamente su mirada, claramente avergonzado por mis palabras—, debería ser yo la que no pueda verte a la cara después de lo que pasó. Lo siento tanto ¿Estas bien?

Recordé los golpes que tanto la guardia real como Mael le dieron y la culpa floreció otra vez en mi pecho.

—Sí —una risa nerviosa hizo su aparición—, quiero disculparme, por mi culpa peleó con su Alteza —mi corazón no paraba de latir a toda velocidad, teniendo su rostro tan cerca del mío y no pude evitar tomarlo de las manos, sintiendo en ellas una calidez inusual. Olvidé por completo que permanecíamos arrodillados a una orilla de la calle, hasta que mi amiga carraspeó, haciéndome notar que la gente nos estaba mirando con curiosidad. Me levanté de inmediato, intentando cubrir aun más mi rostro para que nadie pudiera reconocerme.

Él se levantó también, sin soltarme de las manos.

—Sé que no es apropiado, pero ¿podemos hablar dentro? —preguntó nervioso y levemente ruborizado, señalando adentro de su puesto.

Miré en dirección a Briana, quien me regresó la mirada no muy convencida y negó con la cabeza.

Solté al desconocido y sin decir nada me adentré en el lugar, dándole la espalda a mi amiga. Mi corazón seguía a toda velocidad y por un breve momento sentí como se detuvo al ver la cortina cayendo, ocultándonos de los ojos curiosos y permitiéndonos una atípica privacidad.

No podía creer que estuviera pasando de verdad, pues tras tantas noches de desvelo, bien y podría ser un simple sueño del cual podía despertar en cualquier momento, arruinando mi felicidad con un golpe de realidad, pero al voltear para encararlo, supe que no soñaba. Ni en mis sueños más lúcidos podría imaginar la profundidad y diversidad de grises que conformaban su mirada, que se enfocaba sin distracciones en la mía, ruborizando intensamente mis mejillas.

Capítulo 7

Capítulo 6: Algo que ocultar

Centenares de flores con vibrantes colores brillaban como nunca, despidiendo su dulce aroma al darme la bienvenida. Bajé con lentitud mi capucha, revelando así mi rostro para poder hablar con normalidad, si es que mi corazón me lo permitía.

El chico miraba mis mejillas, algo sucias todavía y ambos sonreímos entendiendo lo mismo.

—Tenía que hacer que nadie me notara.

—Sería imposible —confesó tocando su cuello con nerviosismo.

—Gracias... —seguía sin saber su nombre.

—Nathaniel, Princesa —contestó de pronto, como si pudiera leer mis pensamientos.

Nathaniel era el nombre que tanto deseé saber y que ahora que pensaba era el más hermoso que hubiera escuchado. Nathaniel.

—Yo soy Helen —mis mejillas se llenaron de color al escuchar su risa.

—Lo sé, Princesa. No hay persona en el pueblo que no conozca su nombre. —Ambos reímos. Que tonta, claro que él ya sabía cómo me llamaba. Mis rodillas temblaban todavía y seguía incapaz de pensar con claridad.

—Claro, lo siento —no tenía idea por qué me disculpaba y a juzgar por su expresión él tampoco lo sabía—. Supongo que mi historia no será olvidada con facilidad.

—La niña salvada y adoptada por el rey, es una gran historia que la gente gusta de escuchar y contar. Usted se convertirá en una leyenda —sonreí, pues su voz hacía que nada pudiera sonar mal. Omitió la parte en la que logré ganarme el corazón de nuestro Príncipe, llegando así a nuestro compromiso, pero no era algo que le fuera a corregir dada la situación—. Tuvo mucha suerte —recalcó algo de lo que yo difería, haciendo que mi sonrisa se borrara. Si bien la situación por la que pasé me llevo a convertirme en la joven que era, también me hizo perder lo más importante que tenía, a mi familia. Mis padres estaban muertos al igual que mi pequeño hermano y perderlos fue algo con lo que tuve que lidiar a

corta edad, antes de poder disfrutar de lo que me rodeaba y a pesar de eso, el dolor de su pérdida sería algo que siempre me acompañaría.

—¿Dije algo malo? —su rostro se mostró preocupado a mi reacción.

—No —desvié la vista. No era el momento de abrirle mi corazón a un desconocido—, no, estoy bien —mentí. Sus palabras bien intencionadas tocaron un par de fibras sensibles en mi alma.

Estaba hecha un manojito de detonantes emociones últimamente. Me pregunté si eso tendría que ver con convertirme en mujer o era debido a los acontecimientos de las últimas semanas.

—Discúlpeme si dije algo que la alteró, Princesa.

—No me digas Princesa —corregí de inmediato, en un intento por cambiar de tema—, solo Helen, por favor —sonreí con amabilidad.

—Helen es un bellissimo nombre.

—Gracias Nathaniel, el tuyo también es muy lindo —de nuevo mis mejillas ardieron al verlo en el mismo estado que yo. Juraría que su corazón iba casi tan rápido como el mío.

Las cortinas se escucharon moverse y estaba segura de que era la forma de mi amiga de decirme que se nos acababa el tiempo. Volteé a verlas y luego regresé mi mirada a la de Nathaniel y supe que él entendió lo mismo que yo. Nuestro tiempo a solas llegaba a su fin y apenas si pude descubrir su nombre.

—Debo irme pronto —dije lo obvio.

—¿Podré volver a verla?

—No deberíamos. Quise regresar solo para decirte que estoy bien y despedirme, ya que Mael no me dejó hacerlo la última vez.

—¿Esta segura que esta bien? —preguntó preocupado.

—Sí.

—Su mirada me dice otra cosa, es triste y no alegre como debería.

Era la primera persona que me lo decía de frente y es que mi malestar no era físico, sino que venía del corazón y eso era algo con lo que llevaba años cargando.

—Es complicado —confesé.

—Me gustaría averiguar que tanto —dio un paso hasta mí, permitiéndose tomar mis manos, provocándome una boba sonrisa en mis labios que se borró al recordar a mi prometido y eso me obligó a retroceder, deshaciendo su agarre.

—Mael es un poco estricto con el tema de dejarme salir —recordé sus palabras amenazantes, advirtiéndome que no volvería a salir del palacio y el ser malvado que vivía en mi mente sonrió. Si supiera en donde estaba.

—Por eso vino aquí a escondidas —sonrió.

—Sí y debo regresar pronto. No deben saber que me fui o no volveré a salir de mi habitación —exageré sonriendo, esperando que él hiciera lo mismo, pero su expresión fue más de angustia que de otra cosa.

—¿Arriesgó su libertad por verme? —sus palabras me dejaron petrificada, eran ciertas, pero que lo dijera de esa forma era duro de escuchar.

—Quería asegurarme que estuvieras bien —recalqué intentando justificarme.

—No vuelva a hacerlo —la forma tan seca de decirlo me sorprendió, entristeciéndome. ¿Acaso no quería volver a verme? Y ¿Por qué me entristecía eso si se supone que solo venía a despedirme? Esa debía ser la última vez que lo viera y lo tenía claro, pero no hacía que doliera menos.

—No quiero que esta sea la última vez que te vea —confesé lo que mi corazón pensaba—, quiero saber más que ti —sonrió con eso último.

—No hay nada en mi vida que pueda parecerle interesante a alguien como usted, le aseguro. Soy solo un comerciante de flores que ama la música y vive en una casa a las afueras del pueblo. Tengo una vida simple —confesó un poco apenado, pero sin parecer molesto por ello, al contrario, por la sonrisa que mostro parecía feliz con su estilo de vida y eso era justo lo que a mi me faltaba, esa felicidad llena de simpleza.

—Una vida feliz —no pude evitar decirlo en voz alta.

—Sí, me gusta lo que hago y eso me hace muy feliz.

Asentí, anhelando algún día poder hablar como él. Poder experimentar esa felicidad sin culpas, sin ataduras.

—Debo irme —entristecí al decirlo en voz alta—. Cuídate, Nathaniel, te deseo lo mejor en esta vida —me di la vuelta sin estar lista para una despedida y al levantar mi vestido para irme su mano tomó mi muñeca

con suavidad, haciéndome voltear.

—Volveremos a vernos —aseguró.

—Intentaré escapar de nuevo cuando Mael parta a Inglaterra —prometí.

—Helen date prisa —la voz de mi amiga se escuchó afuera en un susurró, lo suficientemente alto como para que solo nosotros pudiéramos escucharla. Nuestro tiempo se había agotado.

—¿Cuándo se ira? — preguntó antes de dejarme ir.

—En una semana ¿Por qué? —miré su mano en la mía, subiendo después a su mirada decidida.

—Encontrare la manera de verla pronto, Princesa Helen —el sonido de mi nombre en su boca aceleró mi pulso.

—Pero ¿Cómo?

—Encontrare la manera, lo prometo —su seductora voz se quedaría atrapada con esa frase en mi memoria por un largo tiempo. Asentí con las mejillas más rojas que un jitomate y me alejé, albergando la esperanza de volver a verlo. Me coloqué la capucha, escondiendo mi identidad y lo miré por última vez, sonriéndole. Nathaniel hizo lo mismo, transmitiéndome la confianza que necesitaba. Esa intensa mirada me aseguraba que todo saldría bien y que lo vería pronto.

Salí de ahí con las mariposas en mi estomago y una boba sonrisa llena de ilusión.

Briana me miró entre molesta y nerviosa. El sol parecía ser más intenso que cuando entré con Nathaniel. El tiempo fue traicionero, pues a mí me parecieron apenas segundos. El desayuno debía de estar sirviéndose dentro de poco, ya no teníamos tiempo. Tomé a mi amiga del brazo y caminamos a paso rápido a la carreta. Si por mi hubiera sido habría corrido para llegar antes, pero supe que llamaríamos la atención y eso era lo que menos necesitaba.

El camino al castillo me pareció eterno por los nervios y por el silencio de Bri, supe que ella podría estar incluso más nerviosa que yo. Al final del día era su cabeza la que estaba en juego y no la mía. Instintivamente pasé saliva descartando ese pensamiento y me concentré en la excusa que daría para haberme saltado el primer alimento si no llegábamos a tiempo.

A la entrada del palacio logramos ingresar sin dificultad. Los guardias no nos prestaron especial atención, ignorando mi presencia. Bajamos corriendo de la carreta y aprovechando el bullicio por el desayuno nos

escabullimos hasta la habitación de Briana, en donde un vestido limpio me esperaba. Salí de ahí con rapidez agradeciéndole a mi amiga y corrí al jardín, para después entrar al castillo por la puerta trasera, llegando así antes al comedor, en donde padre e hijo desayunaban despreocupadamente.

—Majestad —me reverencié en saludo—, Alteza —hice lo mismo con Mael, quien se puso de pie al verme.

—¿En donde te metiste? —rio, tomando su pañuelo para pasarlo por mis mejillas, que por la prisa olvidé limpiar.

—Yo... fui al jardín temprano —sonreí con nerviosismo al percatarme de la mirada de mi prometido que bajó a inspeccionar mi impecable vestido— perdí la noción del tiempo hasta que comencé a marearme un poco —hablé rápido, agarrando mi cabeza, bajándola para fingir el mareo y ocultar mi rostro.

Mael dejó de cuestionarme y me encaminó a mi silla, preocupado.

—Siéntate ¿Estas bien? ¿Quieres que llame a...?

—No, tranquilo. Estoy bien, solo necesito comer —mentirle en la cara me hacia sentir terrible y cada que lo hacia me preguntaba si en realidad necesitaba hacer todo lo que estaba haciendo, siendo siempre la misma respuesta: sí.

—¿Segura que estas bien, hija? —el Rey también se levantó de su asiento, dispuesto a venir a verme, pero asentí en su dirección, dedicándole una mirada que indicaba que me sentía bien. Pareció entenderme y volvió a sentarse.

—Te ves un poco alterada —maldije por dentro. Ocultarle algo al hombre que creció conmigo era casi imposible— ¿Hay algo que te preocupe? Sabes que puedes contarme —estaba muy preocupado y yo en extremo nerviosa.

—Tu viaje me tiene intranquila. Saber que no te vere en mucho tiempo me preocupa. No tenerte por aquí será tan raro —su rostro se iluminó con una sonrisa y dejó de verme con preocupación.

No mentí en eso. Estaba tan acostumbrada a pasar tiempo con él que no tenerlo cerca iba a hacer mis días eternos. El viaje era largo y la situación con Inglaterra era un tanto tensa, así que en realidad estaba muy preocupada por él.

—Estaré bien sabiendo que me esperas aquí —tomó mis manos, bajo la mirada recelosa de nuestro padre que carraspeó al vernos, recordándonos

de su presencia. Ambos escondimos nuestras manos y el Príncipe tomó asiento en su lugar, dedicándome una sonrisa cómplice, antes de seguir comiendo su fruta.

Ya en la noche, en la calma de mi habitación, reflexionaba sobre las mentiras que había contado a Mael y mi padre ese día. Trenzaba mi cabello, sin dejar de pensar en todo lo que ponía en juego. Cargaba con la culpa de arriesgar a mi única amiga y de ilusionar a un joven pueblerino. Yo estaba comprometida y ya iba siendo hora de que lo aceptara

¿Por qué me comportaba así? ¿Acaso estaba enamorada de Nathaniel? Volteé a ver a la luna, pidiéndole consejo y no pude evitar lanzar un suspiro al aire. Ahí estaba mi respuesta.

Un par de toquidos se escucharon en mi puerta, la cual mire confundida. Era de noche como para que alguien viniera a buscarme. Me levanté de mi lugar para abrir la puerta, encontrándome con mi prometido tras el marco.

—Mael —dije su nombre, sorprendida, sacando la cabeza al pasillo para ver en ambas direcciones y cerciorarme que estuviéramos solos—
¿Necesitas algo? ¿Todo bien?

—Sí —su tono era apenado, bajando la mirada al suelo en lugar de verme y recordé que ya iba vestida con mi bata. Abracé mi cuerpo en un intento por cubrirme.

—Es tarde ¿Pasó algo? —estaba confundida. Desde la infancia que no iba a buscarme a esas horas.

—Solo quería asegurarme que estuvieras bien —se atrevió a levantar la vista, concentrándose en mis ojos, ignorando mi vestimenta— y para ser yo quien te avisara de un repentino cambio en los planes de mi viaje —lo miré confundida—. Sé que es tarde y quizá estabas por dormir y que esto es algo que podía esperar a mañana, pero necesitaba hablarlo con alguien que no sea mi padre —confesó, abriéndose conmigo.

Lo tomé de la mano, mirando de nuevo a ambas direcciones del corredor y lo jalé a mi cuarto, dispuesta a escucharlo.

—No quería molestarte —su voz reflejaba su angustia.

—Nunca me molestas —aseguré invitándolo a sentarse en el peinador, tomando yo asiento en el suelo, a su lado. Con la luz de la luna vi su

rostro iluminarse por mi respuesta— cuéntame.

Por alguna razón Mael sufría de insomnio cada que algo le molestaba y siempre recurría a mi para desahogar sus pesares.

—El viaje se adelantará un par de días. Solicitan mi presencia con urgencia al igual que la del Rey y ambos tendremos que ir.

Abrí los ojos con sorpresa. No esperaba eso.

—¿Por qué no puede viajar solo él o tú? ¿Para qué irán los dos?

—Las amenazas vikingas siempre estarán presentes —sonrió con pesar— y quedan algunas cosas que debemos ver para evitar otra invasión a Inglaterra.

Cuando Mael hablaba de temas serios todo rastro infantil abandonaba su rostro. Hablaba como todo un Príncipe, desplazando a aquel muchacho con el que todavía corría por el palacio y jugaba a las carreritas en los caballos en nuestros tiempos libres.

—No vayan —le pedí—, no tienen por qué ir —recalqué.

—Somos aliados y no conviene que perdamos esa amistad, pero quédate tranquila, ahora que iremos los dos el viaje será más corto, apenas un par de meses y estaremos de vuelta. Regresaré a tiempo para la boda —sus labios formaron una sonrisa.

—¿Qué hare aquí sola? —bajé la mirada, pensativa y al verme afligida tomó asiento a mi lado.

—No te dejaremos sola, ya le pedí a Kenneth que venga quedarse para cuidarte en nuestra ausencia.

—¿Qué? No —negué con la cabeza repetidas veces.

Kenneth era un noble con el que siempre tuve problemas en mi infancia por su carácter terco y testarudo. Tenía muchos años de no verlo, lo cual agradecía.

—Sé que lo odias, pero necesitamos a alguien de confianza en el castillo para prevenir cualquier cosa —seguí negando mientras mis labios formaban un puchero —, quizá no alcance a llegar antes de que partamos, pero aun así no te quedarás sola por mucho tiempo. La guardia real estará atenta en todo momento y sabes que dentro del palacio estarás segura —la piel se me erizó con eso último, ¿acaso sospechaba algo? No era posible, de así serlo ya me habrían encerrado con llave en el cuarto. Supe

que debía relajarme o yo sola terminaría delatándome.

Asentí resignada, aceptando sus palabras y lo abracé hundiendo mi cabeza en su pecho, buscando el consuelo que tanto necesitaba.

Capítulo 8

Capítulo 7: Su partida

Mael aparentaba siempre ser una persona reservada, paseando por los pasillos del palacio en silencio y en completa calma, como si tuviera todo resuelto, pero cuando sus barreras estaban tambaleantes acudía a mí, en donde encontraba alguien con quien poder hablar sin restricciones de todo aquello que lo aquejaba. Aquella noche la pasó en mis aposentos, sentados en el piso del balcón, apreciando la luna mientras platicamos. Me contó del peso que sentía sobre sus hombros y su temor de defraudar a su padre al no cumplir con sus expectativas.

Entendía lo difícil que era para él tomar una responsabilidad tan grande y que de vez en cuando pensara en rendirse, pero cada que la idea cruzaba por su mente le recordaba lo bueno que era en su papel de Príncipe y el excelente Rey que sería en el futuro, animándolo a nunca darse por vencido. Hubo un momento en el que no fueron necesarias las palabras y supe que no solo ocupaba de mis consejos, sino también de mi compañía. Recostada en su pecho observamos las estrellas en el silencio de la madrugada. El cielo nos regalaba un hermoso espectáculo al mostrarnos sus soles mas brillantes y una gran luna sonriente. Cuando el sol amenazó con hacerse presente mi prometido se levantó, disculpándose por no haberme dejado dormir, pero supe que el desvelo había valido la pena. Mael me necesitaba y aunque no hubiéramos hablado todo el tiempo, estar ahí para él fue más que suficiente, lo vi en su mirada envuelta en calma cuando se marchó, después de abrazarme diciéndome que me amaba.

Estaba segura de que le iría bien en su viaje, porque si alguien podía lograr la paz y la unión entre ambos reinos ese era el Príncipe Mael.

—¿En que tanto piensas? —La voz de Briana y su interrogante mirada en el reflejo de mi espejo me llevaron al presente.

—En su Alteza. —Una sonrisa se asomó en la comisura de sus labios, bajando la mirada al trenzado que realizaba a mi cabellera— No quisiera que se fuera —ahora quien bajó la mirada fui yo. Simplemente no podía concebir ese tiempo lejos de él y al cuidado del insufrible de Kenneth, quien apenas me llevaba cinco años, pero se creía el hombre más sabio que hubiera pisado la tierra y resultaba ser el más engreído.

—No se ira por mucho tiempo y tú tendrás en que entretenerte mientras tanto —sonrió. El tema de la boda traía vueltos locos a todos en el palacio,

siendo todavía la noticia del momento.

Media sonrisa fue mi respuesta, desviando la vista al tiempo que soltaba un suspiro de resignación.

Apenas tocaron a mi puerta me incorporé de un salto y mi acompañante se adelantó a abrir. El Príncipe se veía igual de apuesto que siempre, saludándome con su radiante sonrisa traviesa, esa que acostumbraba a usar cada que planeaba algo.

Briana se reverenció, mientras Mael pasaba a su lado sin siquiera notar su presencia al tener los ojos puestos en mí.

—Hoy te ves especialmente hermosa —me alagó, reverenciándose.

—Y usted muy apuesto su Alteza. Que fortuna que ninguna doncella viajé en su barco o temería ponerme celosa —bromeé, provocándole una sonrisa aún más grande.

—Mis ojos solo podrían apreciar su belleza, se lo aseguro
—caballerosamente me ofreció su brazo para que lo acompañara.

Lo miré sonriendo al tomar su brazo, dispuesta a disfrutar de nuestras últimas horas juntos. Ese día que tanto había querido que se retrasara llegó más pronto de lo que pensé y ahora teníamos el tiempo contado antes de que se fuera.

Nos dirigimos a los establos, eligiendo a nuestros mejores caballos para una cabalgata. Me trepé en Luna y Mael en Tormenta, con la intención de jugar un par de carreras, unas en las que gané la mitad, quedando en un empate que me reusaba a aceptar.

—Cuando regrese podrás pedirme la revancha, pero ahora se hace tarde. Acompáñame a desayunar —me convenció y cabalgamos a paso normal hasta un espacio en el jardín en donde comúnmente merendábamos rodeados de verdes arbustos y coloridas valerianas rojas. Un sirviente ya nos esperaba con una bandeja de bebidas frescas.

—Tenías todo planeado ¿cierto? —pregunté con agitación acomodando mi caballo, tomando un jugo que no tardaron en ofrecerme.

—No quiero perder ni un segundo de tu compañía —bajó de Tormenta, acariciándolo con gran aprecio.

Terminando de beber le regresé el vaso al hombre, agradeciéndole por sus atenciones.

—¿Todavía puedes decir que no iras? —pedí con voz infantil, haciéndole ojitos tristes para que lo considerara, provocándole una carcajada que me hizo voltear los ojos, para reírme después.

—Te extrañare —confesó acercándose para ayudarme a bajar.

—Yo también extrañare a mi mejor amigo. Será difícil estar aquí sin ti y nuestro padre —dije mientras me tomaba de la cintura y en lugar de bajarme me daba un par de vueltas en el aire, haciéndome reír.

—Mi bella prometida —dijo como un mantra.

—¡Ya bájame! —exigí riéndome sin molestia alguna, notando la mirada del sirviente. Para Mael ellos eran mera decoración de la casa, ignorándolos siempre que podía, pero yo opinaba diferente, preocupándome por lo que pensaban de nuestro comportamiento nada apropiado.

Por fin me bajo lentamente, poniendo con cuidado mis pies en la tierra, tomándome por sorpresa cuando sus labios buscaron los míos en un profundo y sorprendente beso. Mi boca no tardó en adaptarse a la suya, mientras mis manos buscaron sus mejillas.

Nuestro beso se vio interrumpido cuando la cristalería se escuchó romperse en el suelo, salpicando mi vestido. Ambos nos separamos siguiendo el sonido, encontrando a Briana con la boca abierta y sus temblorosas manos sosteniendo una bandeja cuyo contenido yacía en el suelo, incapaz de hablarnos bajó la mirada apenada con sus mejillas tiñéndose rosadas.

—Bri, déjame ayudarte —ofrecí amablemente, pero la mano de mi prometido en mi cintura me frenó.

—Discúlpame Altezas —se agachó apenada a recoger los fragmentos de lo que antes era una jarra.

—Ensuciaste su vestido con tu torpeza, discúlpate ahora —exigió con voz autoritaria, mientras yo volteaba a la falda de mi vestido cuyo blanco se veía salpicado con pequeñas manchas anaranjadas por lo que antes era jugo de naranja.

—No es necesario, Bri —dije con sonrisa amable, pero mi amiga no tardó en obedecerlo.

—Perdóneme, Princesa. Lo siento mucho —su pulso temblaba mientras recogía.

—Esta bien, no te preocupes —aseguré con voz calmada.

—Levanta eso rápido —ordenó irritado, esquivando los vidrios para llegar a la mesa, guiándome aun de la cintura—. Traiga más jugo —pidió al sirviente de antes. Él asintió y se fue rápido.

Estando solos los tres me alejé de Mael para agacharme a ayudarle a mi amiga.

—¿Estas bien? —le pregunté preocupada por su reacción, recogiendo los últimos pedazos de la jarra. Al parecer era la primera vez que veía al Príncipe y a mi besándonos, pues esquivaba mi mirada, asintiendo repetidas veces en respuesta.

—Helen, levántate —mi prometido pidió amable extendiendo la mano hasta mí, haciéndome sentir incomoda cuando la tomé.

—No dirás ni una palabra de lo que has visto —sentenció con tono amenazante refiriéndose a Briana, sin dignarse a mirarla, llevándome hasta una silla para sentarme frente al comedor de exterior y con su pañuelo intentar sacar la mancha de mi vestido.

—Sí, alteza —la voz de mi amiga se escuchó bajita y temblorosa, como si estuviera a punto de echarse a llorar, lo que toco mi corazón haciéndome enojar.

—Bri es de confianza, no dirá nada —aseguré. Cuando terminó se quedó ahí, petrificada por el miedo—. Tranquila, puedes irte. Tomarte el resto de la mañana libre —sonreí en su dirección, intentando hacerla sentir mejor, lo cual no supe si funcionó, pues apenas terminé de decirlo se reverenció sin despegar su mirada del suelo.

—Gracias, Princesa —dijo con voz quebrada, saliendo de ahí lo más rápido que pudo.

Una vez a solas volteé con Mael, jalando de mi falta para quitarle mi vestido, viéndolo molesta.

—¿Tenias que ser tan duro con ella? —dejó el pañuelo de lado y me miró irritado.

—¿Y tu tan blanda? —contraatacó indignado— Ensució tu vestido, rompió cristalería fina y todavía la premios dándole el día.

—Briana es mi dama de compañía y no la necesitaré hoy porque pensaba pasar todo el día contigo— confesé haciendo que su expresión se relajara,

disipando su molestia—. No tenias que ser grosero con ella —lo reprendí.

—En ningún momento lo fui —parecía no entender a que me refería—. Ellos están aquí para servirnos, no me pidas que los trate como uno de nosotros.

—Te recuerdo que yo soy igual que ellos, no llevo sangre real y sin embargo tu padre y tú siempre me han tratado como de la realeza.

—Sabes porque es diferente y no pienso discutir contigo sobre una tontería como esta —se acomodó en su asiento, para ponerse de pie casi de inmediato—. Padre, buenos días —se reverenció al verlo situarse al lado del comedor,

Me levanté haciendo lo mismo al ver a su majestad unírseos, tomando asiento.

Supe que no podríamos continuar el tema con su padre presente y tampoco buscaba pelear en su último día en el palacio, así que guardaría la conversación para su regreso, cuando tuviéramos el tiempo de sentarnos a discutirlo. Tomé aire e intenté relajarme al sentarme, ya habría tiempo de hablar después.

Desayunamos amicamente mientras escuchaba su itinerario y sobre los regalos que llevarían a Inglaterra. El Rey quería marcharse lo antes posible para regresar a la brevedad y Mael parecía de acuerdo con esto. Ambos manifestaron su preocupación al dejarme sola por un par de días antes del arribo de Kenneth. Mi padre sabía lo mal que siempre nos llevamos, así que me pidió prometerle que no pelearía con él y me comportaría. Intenté evadir el tema hasta que ignoré su petición y solo dije que haría lo posible por sobrevivir sin ellos a mi lado. Tras una nostálgica platica su Majestad fue el primero en retirarse, alegando regresar a supervisar los últimos preparativos, dejándome a solas otra vez con mi prometido, que acercó su silla a la mía para estar más cerca.

—Eres hermosa —su voz permaneció tranquila mientras acariciaba mi trenza, manteniendo gran cercanía.

—Y usted muy guapo mi príncipe —juguetona contesté, quitándole la trenza de sus manos.

—Solo espero que nuestros bellos hijos no hereden lo testaruda de su madre—ambos reímos. Mael tomó mi mano, acariciando el dorso con ternura—. Quiero tener muchos Príncipes y Princesas contigo.

—Alteza... —se la quité, apenada por sus palabras, colocando un mechón

detrás de mi oreja en una clara señal de nerviosismo.

—Quiero formar una gran familia contigo, Helen —su voz era sincera y decidida.

—¿Desde cuándo? —quise saber.

—Desde que te vi por primera vez —juraría que mi corazón dio un vuelco en mi pecho. ¿Cómo era posible que estuviera enamorado de mi desde entonces?

—Éramos solo unos niños, Mael.

—Desde entonces me gustabas —sus manos volvieron a buscar las mías, inclinando su cuerpo en mi dirección.

—Usted es un perverso, mi Príncipe —intenté ganar un poco de distancia, reclinándome en la silla, pero con rapidez ocupó el espacio que nos separaba.

—No sabes cuanto —sus labios buscaron los míos, ansiosos por probarme, profundizando el beso que dejamos inconcluso cuando Bri nos interrumpió. Sentí sus manos sobre mi nuca, impidiéndome alejarme, sosteniéndome con firmeza a su boca en un pasional beso, uno como nunca me había dado, sin ataduras ni reservas, dejando claro cuanto deseaba mi cercanía. Su exquisita boca me tenía encantada y lejos de incomodarme seguí su ritmo, disfrutando de la sensación que su lengua me regalaba. Ese beso fue sin duda diferente, dejándome sin aliento y activando mis sentidos. Busqué su cuello con mis inexpertas manos, acariciándolo y asimilando ese par de sensaciones nuevas que crecían en mi pecho, sin lograr identificarlas del todo, haciéndome desear que no se terminara.

Tuvieron que pasar un par de minutos para que sus manos me liberaran, separando nuestras bocas para tomar aire, con nuestras frentes unidas. Mi corazón galopaba a gran velocidad, confundida por la revolución en mi vientre. ¿Qué había sido eso? No tenía idea, pero anhelaba que se repitiera, así que intenté volver a besarlo y fue él quien tuvo que poner distancia entre ambos, sonriendo encantado.

—Helen, no estamos solos —me recordó todavía con los ojos cerrados y aliento agitado.

Sonreí alejándome al igual que él, que al verme desprendía chispas en su mirada, que por un segundo noté oscurecida. Incomoda me removí en el asiento, desviando la vista a los sirvientes que nos acompañaban, que mantenían los ojos pegados al suelo, ignorando nuestro comportamiento. Sentí el rubor llegar a mis mejillas, por un momento olvidé que ellos

seguían ahí.

Ante el silencio que se produjo fue Mael el primero en romperlo tras tomarnos un minuto para recomponernos.

—Perdóname, me deje llevar y no fue correcto —admitió, poniéndose de pie—, no volverá a suceder hasta que seas mi esposa, lo prometo —se reverenció apenado.

Me pare también para intentar verlo fijamente, pese a la diferencia de altura.

—Fue... diferente —admití, tocando mis hinchados labios, buscando su mirada—. No te preocupes, esto quedara solo entre nosotros —prometí, acunando sus mejillas con mis manos.

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido —cerró los ojos al decirlo, tomando una de mis manos, disfrutando de mi tacto.

—Soy la única —me reí.

—Y siempre serás la única para mí, Helen —me miró enternecido, besando ahora mi mejilla, haciéndome ruborizar con sus palabras.

—Debemos irnos antes de que manden a buscarnos —sonreí, envolviendo mis brazos en los suyos para caminar juntos hasta la puerta principal.

Como creíamos, ya nos estaban esperando para marcharse. Tormenta se iría con ellos y ya tenía lista su mejor montura para llevarlo hasta el barco. Me despedí reverenciándome y besando las manos del Rey, deseándole buena suerte en su travesía, para después ver a Mael con las lágrimas en mis ojos, que, al notarlo, me abrazó con fuerza sin importarle la presencia de su padre, besando mi frente, susurrándome que me amaba y que regresarían pronto. Sentí mi corazón partirse al escuchar el nudo formándose en su garganta e intenté mostrarme firme y fuerte. Sería poco tiempo y no quería que se quedaran preocupados por mí, así que limpié mis lagrimas con las manos, hasta que mi prometido extendió su pañuelo, secándome las mejillas, para besarlo después y ponerlo entre mis manos. Asentí un par de veces, incapaz de decirle con palabras que ya podía irse, pero de igual forma entendió mi mensaje y se retiró, subiéndose a su caballo con porte y elegancia. Volteó a verme sonriendo, siendo su forma de darme ánimos antes de empezar con su marcha y no volver la mirada atrás.

Capítulo 9

Capítulo 8: El jardinero real

La partida de Mael me hacía sentir liberada y a la vez sola. Pasé los primeros días ayudando en los quehaceres del palacio para estar con Briana, pese a que me corrían de ahí con frecuencia. Mi antigua Nana no dejaba que me acercara a la cocina o los cuartos de la servidumbre y desde que el Rey se fue se la pasaba pegada a mi como una sombra.

Recogí mis pinturas y pinceles, yendo a los jardines del palacio para concentrarme en mis dibujos, pero las flores siempre eran las mismas y los pájaros siempre cantaban la misma melodía. Terminé aburrida de buscar como no aburrirme.

Tres lunas habían pasado apenas y sentía que no aguantaría mucho más tiempo así.

—¡Helen! —el grito de Bri me hizo regresar de mis cavilaciones— Te estoy hablando —sonaba irritada—, ¿Cuál te gusta más? —me mostró un par de vestidos, poniendo a competir uno rojo de uno turquesa, como si en realidad me importara la ropa que vestiría ese día.

—El carmín es lindo —volví a recargarme en el barandal del balcón, fijando la vista de nuevo en el horizonte. A pesar del sol no podía evitar pensar que el día sería gris, igual que los anteriores. Por un momento me pregunté que estaría haciendo Nathaniel en ese momento y deseé salir de nuevo al pueblo, pasear entre sus calles y encontrarme con ese par de ojos grises.

—¿Lo extrañas mucho no es cierto? —preguntó mi amiga a mis espaldas, entendiendo que se refería a mi prometido.

—Demasiado, me siento tan aburrida y... sola.

—Así se siente el amor —canturreó emocionada tomando mis hombros para darme vuelta— o, mejor dicho, así se siente la ausencia de él —suspiró ilusionada—. Sabía que terminarías enamorada de su Alteza. ¿Cómo resistirse a ese rostro y a esa mirada? —entrecerré los ojos. De hace años sabía lo que Bri sentía por él, aunque nunca me atreví a decírselo, hasta ahora.

—Suenas más enamorada tú de él que yo —mis palabras fueron

juguetonas, pero eso no evitó que palidciera, desviando la vista.

—Princesa... —su voz fue titubeante.

—Tranquila, no tengo porque decírselo a nadie. Soy consciente de que el corazón a veces le gana a la razón y nos hace sucumbir por la persona menos esperada.

—Hablas del plebeyo —aseguró, interpretando bien mis palabras.

—No lo llames así, suena despectivo.

—Es lo que es.

—Al igual que yo. Recuerda que también fui una —le recordé, permitiéndole que me ayudara con la vestimenta.

—Ante los ojos de cualquiera dentro y fuera de Éire, eres una Princesa. No rechaces tu título, que muchos desearían contar con la suerte que tienes —aseguró en tono serio.

—No siempre es una bendición formar parte de la familia real. Si supieran lo que es estar en mis zapatos se lo pensarían dos veces antes de desear algo así.

—Helen —esta vez su tono fue de molestia—, desde que te conozco te quejas de la posición en la que estas, pero aun así sigues llevando esos hermosos vestidos, durmiendo sobre lana fina y cubriéndote del frío con las mejores pieles en el invierno. Date cuenta de lo que te rodea. Joyas preciosas adornan tu cuello y portas coronas más caras que el sueldo de un año de cualquiera en el pueblo.

—Yo no pedí esto —me defendí, ofendida.

—Pero tampoco pareces querer rechazarlo, solo te quejas, victimizándote y haciéndote la humilde, cuando sigues comportándote como todos ellos, viéndonos por encima del hombro al pasar —sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tú más que nadie sabe todo lo que me atormenta, convirtiéndome en una prisionera. Estas siendo injusta conmigo.

—¿Qué puede atormentarte? —se paró en frente de mí, soltando mi vestido, encarándome con rabia en sus ojos y en sus palabras— Estas comprometida con el hombre más deseado del reino, tienes la protección de su Majestad el rey Cormac y aun así nada parece importarte y te escapas para encontrarte a solas con un sucio plebeyo ¡No eres más que una niña mimada que cree que puede hacer todo lo que le plazca sin

consecuencias...! —para ese momento Briana gritaba, antes de que mi mano impactara en su mejilla, callándola.

—¡Suficiente! —sentenció a los gritos, con mis ojos cristalizados, sintiendo la herida crecer en mi alma— No quiero volver a verte por aquí. Desde hoy dejaras de ser mi dama y limpiaras los establos como castigo —ordené en tono autoritario, mirándola con odio. ¿Quién se creía para llamarme niña mimada? Mael había tenido razón al decirme que no éramos iguales y advertirme que no me relacionara con la servidumbre.

Briana aguardó callada, con una mano cubriendo su mejilla herida, desviando la mirada con desprecio.

Supe que la lealtad y cariño que nos teníamos había quedado en el pasado y dejaríamos de ser amigas a partir de ese día. Claramente ella deseaba estar en mi lugar, pero el destino se empeñó en reservarlo en colocarme a mí ahí y fui yo quien terminé siendo su ama y no al revés.

—Antes de que te vayas te advierto que lo que sepas de mí lo guardarás para ti. Si me entero de que dices una sola palabra de Nathaniel no me tentaré el corazón y juro que hare que Mael mismo te decapite —amenacé con la cara roja sin poder contener mi enojo—. Vete —volteé mi rostro, ignorando sus lágrimas en las mejillas y su reverencia al salir, dejando ir a la única amiga que tenía.

Dos días más pasaron y ahora quien preparaba mi baño eran dos chicas nuevas en el palacio. Briana no quedó despedida, pero sí fue castigada mandándola a trabajar en el establo tal y como ordené, sabiendo que así dejaría de encontrarse con el Príncipe a menudo y ese sería su verdadero castigo.

—¿Qué le pareció el desayuno, Alteza? —una de las chicas me preguntó. No me molesté en preguntar sus nombres cuando terminé olvidándolos justo después de escucharlos. Ante lo sucedido con Briana no quería volver a involucrarme con la servidumbre. Seguiría los consejos de Mael y pintaría mi raya con ellos.

—Muy rico, gracias —contesté aburrida. Esa mañana almorcé en mi balcón. Me negaba a salir de la habitación, no encontraría afuera nada que me animara, así que pasaba mis días pegada al único lugar del palacio en donde podía soñar a mis anchas con la libertad—. Pueden retirarse —ordené cuando levantaron mi plato. Ambas se reverenciaron y sin decir palabra me dejaron sola.

Devolví la mirada al camino que llevaba al pueblo. Me negaba a abandonar tal vista en donde cada atardecer el cielo coloreaba el alba,

para darle paso a las estrellas en cuando salía la luna. Un haz de luz me distrajo de mis pensamientos, parecía reflejarse en mi cara como si fuera un espejo apuntándome directamente. Levanté una mano para cubrirme, entrecerrando los ojos para que la luz no me lastimara y al mismo tiempo para buscar de donde provenía el extraño fenómeno y de entre los jardines distinguí el cabello cobrizo y esa sonrisa amable que inmediatamente aceleró mi corazón. Los ojos se me abrieron como nunca y como acto reflejo corrí a ocultarme tras las transparentes cortinas que cubrían el balcón. Tomé aire pensado que mi mente me jugaba una cruel broma al mostrarme a aquel chico en mi jardín, sonriéndome. Me tomé un segundo para pensarlo y volví a asomarme por entre la tela, sabiendo muy bien que la transparencia de ésta no me ocultaría de quien estuviera abajo. Nathaniel me sonreía entre los arbustos, claramente apenado por mi reacción. Cubrí mi boca con las manos caminando hasta sentarme sobre la cama. ¿Cómo se atrevía a estar aquí? ¿Acaso quería que mi prometido lo matara? Inhalé y exhalé, intentando calmarme.

Debía hablar con él.

Me levanté de inmediato, asomando mi cabeza entre las cortinas con una tímida sonrisa, pidiéndole con la mano que me esperara, recibiendo un asentimiento como respuesta. Paré en el espejo, acomodando mi cabello y mi vestido con nerviosismo. Quería verme lo más bonita posible.

En cuanto me di una retocada rápida salí de inmediato, corriendo escaleras abajo, volteé en todas direcciones, sintiendo el sudor formarse en mi frente. Temí que mi Nana vigilara de cerca mi habitación, pero tras un rápido vistazo supe que los pasillos estaban despejados. Logré escabullirme por una de las puertas traseras. Las piernas me temblaron todo el camino y mi corazón no daba tregua, yendo a tal velocidad que temí saltara fuera de mi pecho en cualquier momento. Temía a los ojos curiosos y las bocas sueltas. Si alguien nos veía Nathaniel sería encarcelado por el simple hecho de estar merodeando en los jardines del palacio. Solo a él podría ocurrírsele algo tan atrevido como venir a buscarme dentro de mi jaula. Me detuve abruptamente al pensar que decirle. La última vez que hablamos me prometió que volveríamos a vernos y muy a mi pesar, dudé de su palabra. Acobardarme no era algo típico de mí, así que puse un pie fuera del castillo y luego el otro, caminando a paso firme a donde lo vi. Cuando llegué estaba ahí esperándome con un lirio entre las manos. La sangre subió rápidamente a mis mejillas sin poder evitarlo y mis pasos fueron titubeantes hasta que lo tuve de frente.

Nos miramos por unos segundos sin atrevernos a hablar, claramente nerviosos.

—Espero le allá gustado como he dejado el jardín para usted, Princesa
—fue Nathaniel quien habló primero. Sus palabras no me hicieron sentido

al inicio, hasta que volteé a los lados, dándome cuenta de las flores recién plantadas y los arbustos habilidosamente redondeados justo por debajo de mi balcón. Gasté tanto tiempo con la mirada en el horizonte que no logré apreciar el nivel de detalle que tenía el jardín desde mi vista en lo alto. Arbustos en forma de colibríes adornaban bajo mi balcón, dándole un aspecto de jardín mágico.

—Esto se ve hermoso —seguíapreciando cada detalle, notando la danza en la que se encontraban las aves, como si jugaran entre las flores, que adornaban presumiendo sus patrones de inigualables colores.

—Quería que esto fuera lo primero que viera al despertar y así lograr alegrar un poco sus días dentro del palacio —bajó la cabeza en reverencia.

—¿Q-qué haces aquí? —mi voz tembló ante el evidente cambio de tema— quiero decir... —carraspeé intentando que esta vez mi tono regresara a la normalidad, enderezándome como si eso me diera más seguridad al hablar y volteé a todas partes para asegurarme que nadie pudiera vernos— ¿Cómo es que...? —no concluí mi pregunta porque Nathaniel me interrumpió.

—Le prometí que encontraría la manera de volver a verla —levantó en mi dirección la mano que aguardaba el lirio, ofreciéndomelo.

Tomé la bella flor y después lo sujeté de la muñeca, adentrándonos en los arbustos, soltándolo en cuanto me aseguré de que nadie nos viera y sentándome en el césped recién cortado, consiguiendo que él hiciera lo mismo.

—Si Mael te ve aquí te matara —aseguré volteando de nuevo en todas direcciones.

—Pensé que le alegraría verme, Alteza —su voz sonó melancólica.

Relajé mi postura un poco, dándome cuenta de lo dura que estaba siendo con la persona que arriesgaba su vida solo por verme.

—Discúlpame, es solo que no sé qué decirte o cómo reaccionar. Me tomaste por sorpresa, nunca pensé verte en este lugar, ¿Cómo es que estas aquí?

—Mi tía trabaja aquí, es una de las cocineras. Ella me dijo que estaban contratando y me ayudó a conseguir trabajo como jardinero —sonrió orgulloso.

—Pero ¿Por qué estás aquí? Sabes que el Príncipe está de viaje, pero regresara en unos meses y yo... —guardé silencio por un segundo,

intentando convencerme de lo que estaba a punto de decir— me casaré con él. Perdona si te hice pensar algo diferente, pero no puedo hacer esto —miré con tristeza al hermoso lirio bicolor, cerrando mi mano en puño a su alrededor, aferrándolo con fuerza bajo mi pecho, cubriéndolo con mi mano libre como si deseara protegerlo—, no soy una mujer libre —trate de sonar firme, pero la melancolía se hizo presente en mi voz, delatando mi tristeza. Bajé la mirada avergonzada.

Se acercó más a mí y sin previo aviso tomó mi mano con suavidad y firmeza al mismo tiempo, recordándome que él seguía ahí. Mi vista viajó de nuestras manos unidas a su preocupada mirada.

—Alteza, yo solo quiero estar cerca de usted, le pido que me deje hacerlo —mi corazón que por un momento pareció calmarse, volvió a latir con mayor fuerza—. Sé que está comprometida y que nunca podría competir con el príncipe Mael, pero cada que la veo puedo notar lo infeliz que es y no puedo dejar de preocuparme por eso, pensando en cómo provocarle una sonrisa y mitigar su pesar —un nudo se instaló en lo profundo de mi estómago, quitándome el aliento—. Sé que siente algo por mí... —soltó sin más ¿acaso podía escuchar mi desbocado corazón? La vergüenza me invadió, tiñendo mis mejillas.

—No puedo hacer esto, no debo hacerlo —lo interrumpí, alejando mi mano de la suya, volviendo a proteger mi flor— Mael no se lo merece, él y su majestad han sido muy buenos conmigo y casarme con el Príncipe es la única forma de pagar todo lo que han hecho por mí —dije en voz alta más para mí que para él, intentando convencerme.

—¿La están obligando a hacerlo? —preguntó con pesar y preocupación.

—No es así. Nadie me está obligando, ellos solo quieren lo mejor para mí.

—¿Entonces por qué la fuerzan a hacer algo que no quiere? Si el Príncipe la amara la dejaría decidir.

—Es complicado. Él me ama, eso no lo dudo, pero yo a él... no sé qué pensar. Lo amo con toda mi alma, pero es distinto a lo que él espera de mí. Crecimos juntos, como hermanos y eso me impide verlo de otra forma —alejé mi mirada de la suya—. Discúlpame, no quise agobiarte con mis problemas y no debería hablar de esto contigo, apenas te conozco —me reí por lo rápido que sentí la confianza de contarle algo tan personal, siendo la única persona con la que había compartido mis pensamientos más íntimos.

—No tiene que disculparse. Perdóneme a mí por entrometerme en los asuntos de la corona, podemos hablar de algo más, un tema que la alegre —su sonrisa se hizo presente, haciéndome sonreír a mí también, agradeciendo su consideración— ¿Qué le gusta hacer en su tiempo libre?

¿Cuáles son sus pasiones? —preguntó de forma tan natural que todo aquello que me agobiaba desapareció de pronto.

—Me gusta mucho pintar.

—Eso es fascinante, es algo que nunca se me ha dado. ¿Qué más sabe hacer?

—En verdad te sorprendería —le dije riendo—, también sé tocar algunos instrumentos como el arpa, flauta y piano; sé cantar, bailar, recitar, moldear, tejer, leer, escribir, montar a caballo, manejar una espada, ser atenta, amable, guardar silencio ante las conversaciones de hombres y aunque no lo creas también puedo cocinar, lavar, limpiar y hacer más quehaceres del hogar —sonreí victoriosa—, aunque esto último no me lo permiten por “no ser digno de una Princesa”—dije imitando la voz del Rey cada vez que me sorprendía ayudando a las mucamas. Nathaniel soltó una melodiosa risa, haciendo que lo imitara, pero enmudecí casi de inmediato—. Aunque “tampoco es apropiado que una princesa ría a carcajadas, es mal visto, arruina su imagen”—saqué la lengua con repugnancia después de recitar textualmente las palabras de mi institutriz de modales cuando tenía 12 años. Mientras yo tomaba aburridas lecciones de cómo convertirme en una Princesa perfecta y refinada, las clases de Mael eran de destreza en combate, estrategias de guerra y geografía.

—Escucharla reír es todo un placer —confesó—. Sabe hacer muchas cosas, ¿Le gusta todo eso?

—Odio cantar, la flauta, recitar, tejer, mantener la compostura, guardar silencio siempre, no poder decir lo que pienso y no poder reírme como quisiera. Me recosté sobre el suelo, mirando al cielo, sintiéndome por primera vez en días relajada. El poder confesar todo eso en voz alta resultó liberador.

—¿El Príncipe lo sabe? —preguntó riéndose por mi sincera respuesta.

—Es mi mejor amigo, claro que lo sabe, pero da igual ¿no? Él tampoco puede cambiar las reglas. Cuando estoy a solas con Mael puedo ser yo misma, pero en presencia de nuestro padre o de más personas siempre debo comportarme como se espera que lo haga para no dejar en mal al Rey. Ante la sociedad solo asiento y sonrío —puse los ojos en blanco al recordarlo.

—Eso es injusto —terminó acostándose a mi lado.

Subí y bajé los hombros a manera de resignación por su afirmación.

—La vida nunca ha sido justa conmigo.

Se hizo un silencio que lejos de ser incomodo fue tranquilizador. Vimos juntos las nubes pasar hasta que el sol amenazaba con cubrir nuestras cabezas. En un momento volteé a verlo al sentir su mirada sobre mí y ambos nos quedamos con los ojos fijos en el otro.

—No deberíamos de estar aquí acostados, si alguien nos viera...

—No estamos haciendo nada malo.

—Debemos ser distantes y aunque no estemos haciendo nada, sigo comprometida Nathaniel, Mael puede que no esté aquí, pero le debo respeto y que estés aquí no ayuda con eso. No es mi intención ser grosera, pero ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Me iré cuando me pida que lo haga, ¿Quiere que me marche, Princesa? Si su respuesta es sí me iré sin cuestionarla.

No podía contestarle. No quería que se fuera, quería tenerlo cerca. Sentía que lo necesitaba conmigo, pero tampoco podía decírselo, ¿Por qué tenía que aparecer justo cuando me estaba resignando a casarme con Mael?

—La dejaré pensarlo, Alteza. No necesita contestarme hoy o siquiera esta semana —sonrió—¿Puedo volver a verla después de la cena?

—No es apropiado —dije volviendo la vista al cielo con el pesar en mi voz.

—Tampoco es apropiado que se escape para ver a un plebeyo, Princesa —me recordó y voltee a verlo con una sonrisa en mi cara.

—Ni es apropiado reclamarle sobre cualquier tema a una Princesa —aclaré con tono divertido, sentándome para ponerme de pie, pero él lo hizo antes y me tendió la mano para ayudarme. Contuve la respiración y la sostuve, tardando más de lo necesario en soltarla una vez que me paré.

—Al parecer nada aquí es apropiado y, sin embargo, eso no parece importarle —su vista bajó a mi mano, que seguía en la suya.

—Así es —sonreí todavía sin soltarle, sintiéndome rebelde.

—Entonces no importara si hago esto —dijo acercándose más a mí, acortando la distancia entre nosotros para levantar mi mano y postrar un beso en ella que hizo mis rodillas temblar y las mariposas alocarse en mi estómago, disparando el rubor en mis mejillas.